

# GERMINAL

JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA

Madrid.....	{	Trimestre.....	2	pts.
		Año.....	7	—
Provincias..	{	Trimestre.....	2,50	—
		Año.....	9	—

Extranjero y Ultramar: Año, 15 pts.  
Número suelto, 15 cts.—Atrasado, 50.  
25 ejemplares, 2,50 pesetas.

HORAS DE OFICINA: DE 3 A 6.

Redacción: VILLANUEVA, 20, Madrid.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

## GIORDANO BRUNO.

**U**n órgano ha colocado la Naturaleza en el cuerpo humano, marcadamente innovador, eminentemente revolucionario: el cerebro con los materiales que segrega, puesto que sólo á su virtualidad, merced al pensamiento que en él se forma, se mudan las sociedades, cambian de instituciones, de modo de ser, de condiciones de vida, con el objeto de realizar el fin primordial del progreso humano: vivir lo mejor que se pueda y con el menor esfuerzo posible.

Pero para que este progreso se efectúe es preciso que el pensamiento se desarrolle y se expanda libremente, sin esas cortapisas que siempre le han opuesto todas las religiones positivas, esas explotaciones reglamentadas de la miseria, esas humanizaciones de los fenómenos naturales, que decía no há muchos años un ilustre naturalista: el suizo Guillaume.

Y como ningún hombre tiene derecho á aherrar el pensamiento de sus iguales, á hacerlo esclavo de determinadas preocupaciones y prejuicios, en mi concepto absurdos, como quieren las religiones y los sistemas políticos y sociales basados en la desigualdad, en la explotación y en el privilegio, de aquí que en todos los tiempos, desde los más primitivos, haya la humanidad suspirado por la libertad de pensamiento, por la libre facultad de examinar todos cuantos problemas á la inteligencia se ofrezcan.

Por eso la historia nos recuerda en sus páginas insurrecciones y revueltas entre los pueblos antiguos y en pro de la libertad de pensar; esa es la causa de que surgiese en el siglo XVI aquella gran Revolución llamada de la Reforma, por la que quedó proclamado ya el libre examen, y de que apareciesen algunos espíritus generosos defendiendo, aun á costa de sus vidas, tan salvador y progresivo principio.

Entre éstos, distinguióse sobremanera, en el mismo siglo XVI, el dominico napolitano Giordano Bruno, que por su audacia de opiniones é independencia de pensamiento, abjuró del catolicismo y púsose á la cabeza del movimiento librepensador en su tiempo.

«¿Quién decidirá entre Platón y Aristóteles?—se preguntaba recién salido del claustro al cual él llamaba *negra y estrecha prisión*.—El juez soberano de la verdad, la evidencia. Si carecemos de la evidencia, si nada nos dicen los sentidos ni la razón, suspendamos nuestro juicio y aprendamos á dudar.»

En estas líneas se encuentra encerrado el principio del experimentalismo, doctrina que defendió en sus obras. Y más adelante y como resultado de esta misma evidencia, se nos muestra como un pensador profundo y atrevido al asegurar que «La autoridad no reside fuera de nosotros, es interior, es la luz divina que brilla en nuestras almas, para inspirar y dirigir nuestros pensamientos.»

¿No denota éste, para aquella época, atrevidísimo pensamiento, que Giordano Bruno es uno de los precursores, quizá el primero, de la extrema izquierda del socialismo?

Tal pensamiento marcadamente racionalista venía á derribar por su base multitud de instituciones y de prejuicios, entonces existentes, y captó desde luego el odio profundo de Roma y del fanatismo católico del mundo entero.

La libertad que concedió á su pensamiento, llevóle muy lejos, pues combatió con verdadera saña las doctrinas de Platón y de Aristóteles, exponiendo, en sus obras filosóficas, ideas tomadas á Pitágoras, Heráclito, Plotino y Proclo, si bien saturadas de originalidad y con observaciones sacadas del estudio de la Naturaleza.

Y no contento con esto, hace tales progresos guiándose sólo por las indicaciones de su privilegiado pensamiento, que llega á corregir á Copérnico, se muestra de acuerdo con Galileo en lo que á la redondez de la tierra y de su movimiento respecta, sostiene la pluralidad de los mundos habitados, crea el panteísmo moderno y se nos presenta como el precursor de Espinosa, de la filosofía unitar y aun del monismo novísimo.

Bruno contempla la Divinidad en el Universo, al cual llama Espejo, en que la primera se refleja con todas sus perfecciones. La substancia única, pues fuera de ella nada existe, lo necesario y universal concebido por la razón, jamás brindada por la fantasía, son para Giordano infinitos, sin que puedan ser pensados de otro modo, porque la obra de un poder infinito no puede ser limitada. Para conciliar la unidad de substancia con la diversidad de especies é individuos, Bruno recurre á la teoría del *mínimum* y de la *mónada*. La substancia simple es *mónada* (incorporal) ó átomo corporal que se desenvuelve por sí misma en sus grados extremos de *mínimum* y *máximum* entre los cuales se diferencian los seres concentrándose ó amplificándose. Para Bruno, Dios es idéntico con el Universo (el primero *mínimum* absoluto, la cualidad, y el segundo *máximum* único, la cantidad).

Estas doctrinas hicieron furor en casi todos los países de Europa por donde



este inmortal pensador viajara durante diez años propagando su sistema filosófico, y sobre todo en las Universidades de París, Londres y Wittemberg, de las que fué maestro, y en las que enseñó sus doctrinas á millares de alumnos.

Pero ocurriósele volver á Italia, su patria, y el papa Clemente VIII con su *sacro colegio*, que cuales sanguinarias hienas estaban aguardando la ocasión de aniquilar á este grande hombre, hicieron detenerle para ser entregado á las iras inquisitoriales.

Invitado á retractarse, aquel carácter verdaderamente de acero, aquel temperamento de mártir y de héroe, se niega en absoluto con dignidad y con entereza, y sin que lleguen á hacerle claudicar ni los tormentos horribles á que fuera sometido,

ni la pena de ser quemado vivo, *sin efusión de sangre*, pronunciada por un tribunal que presidía el mismo Clemente VIII.

«Más os intimida á vosotros pronunciar mi sentencia que á mí el oír», exclamó cuando el tribunal le condenó á la hoguera.

Y esta exclamación retrata aquel gran carácter, aquel espíritu valiente, aquel hombre de cuerpo entero, cuyas cenizas, al ser confundidas con las de la pira y echadas al viento, llevaron por toda Italia las ideas de la libertad y de la razón humanas, las cuales harán que las sociedades se constituyan un día con arreglo á este profundísimo pensamiento del glorioso Bruno:

*La autoridad no reside fuera de nosotros, es interior, es la luz divina que brilla en nuestras almas para inspirar y dirigir nuestros pensamientos!*

RAFAEL DELORME.

## RÁPIDA.

### SE SALVÓ EL MUNDO.

«Este mediodía han sido conminados los vendedores de periódicos y kioscos por un agente de la policía llamada judicial á que se abstuvieran de vender la revista literaria de Madrid titulada GERMINAL, y citándolos al propio tiempo para mañana al mediodía ante el jefe de aquella fuerza.»

*Así lo dice, copiándolo de otro periódico, «El Diluvio», de Barcelona.*

*¡Bien por la policía!*

*Ella no habrá sabido ni evitar lo de Santa Águeda, ni conocer los proyectos de Angiolillo Galli, pero en cambio ha adivinado los horrores que van á aparecer en este número de GERMINAL, y ha prohibido su venta en Barcelona.*

*¡Qué previsión!... ¡Qué energía!... ¡Qué rasgo!... ¡Ah! ¡Oh!...*

*Con esta medida salvadora se han acabado los atentados anarquistas en Europa.*

*La humanidad agradecida se postra reverentemente ante el jefe de la policía judicial de Barcelona.*

*¡Que lo asciendan!*

## CUENTOS NUESTROS.

### EL RETRATO.

BIEN entrase por vez primera en aquel gabinete dudaría si iba á presentarse delante de una cortesana, de una artista ó de una gran señora, tan varios aspectos ofrecía en su ornamentación, tan rico era en contrastes, tales y tan diversas las impresiones que causaba á los ojos y al juicio en ese rápido é inconsciente cálculo de probabilidades que todos hacemos al visitar por vez primera la casa de personas para nosotros desconocidas.

Una *chaise longue*, semejante á un lecho por su anchura, adornada con blandos almohadones de seda y puesta enfrente de amplio espejo de luna, evocaba la imagen tizianesca de humanos desnudos, reflejando sobre el cristal los retozos íntimos de la pasión, las truhanerías carnales del deleite. Un *armonium* cha-peado de nácar, dos estantes de *pelouche* encima de los cuales se gallardeaban las partituras de los grandes maestros y las literaturas más peregrinas del humano

ingenio; dos ó tres coronas que dejaban caer sobre el armonium como una cascada de gloria, sus cintas de colores múltiples y algunos lienzos sin concluir, bocetos, apuntes, notas de color, matrices de cuadros, *leit motivs* pictóricos de esos que los inteligentes veneran y el público no paga, recordaban el estudio de un artista de genio, mientras el resto del mueblaje, de última novedad, ajustado á la moda, con sus silloncitos de raso, sus sillas maqueadas y sus *entredos* llenos de baratijas, tan costosas como vulgares, pregonaban la existencia de grandes caudales contráidos á la obligación perentoria de costear un lujo inútil.

¿Quién era la dueña de tal mosaico? ¿Había conseguido encontrar en sí misma el punto de intersección, la convergencia de los tres grandes dominadores del mundo, el vicio, la riqueza y el arte?... ¿Quién era?... No entonces, que apenas si la conocía, ahora que he dejado de conocerla ya, sería difícil contestar de un modo preciso.

¿Era una cortesana? Puede. ¿Una artista? Acaso. ¿Una gran señora? Tal vez. Alguien muy versado en idénticas adivinaciones me dijo á propósito de ella. De ser alguna de esas aptitudes ó condiciones propia, nativa suya lo será la primera; las otras son reflejas, adquiridas por influencia extraña, cogidas al paso. Como las zarzas del camino se quedan con algo del ropaje que las roza, esta mujer se ha quedado también con algo del mundo artístico y el mundo elegante que rozaron su cuerpo al gozarla.

Tal fué la opinión del *práctico*. Yo repito que no tengo ninguna.

De todas suertes, me pareció á mí y hubo de parecer á cuantos la vieron, encantadora. Su trato era exquisito. Afable sin empalago; graciosa, sin chavacanería; coqueta, sin descoco; inteligente, sin petulancia; bonita, no hermosa; incitante, no provocativa; franca, no libre; con una educación esmerada, unos ojos que decían «sí» y una boca que contestaba «no» á quien de los ojos se fiase, pronto fué la desconocida objeto de galante atención para los hombres y de envidiosa curiosidad para las mujeres.

Poco ó nada se supo en Madrid relacionado con su vida anterior. Llegaba de muy lejos, sin otra compañía que la de una señora anciana, sin más relaciones que las que ella misma se buscó. Se tuvieron de su existencia las noticias que ella quiso dar, y por ella supimos que viuda á los cinco meses de casarse con uno de esos imbéciles que tienen el talento de esposar á las mujeres hermosas para morir pronto, había sido por espacio de largos años la locura y la loca de un hombre de genio, artista eminente, cuyo nombre anda de labio en labio y cuyo retrato ocupaba puesto de honor en el gabinete de Carmen.

\* \* \*

Carmen se llamaba aquella mujer, viuda civil y canónica de un señor cualquiera, viuda por el corazón de un grande hombre.

He dicho antes que era bonita, bella, pero con una belleza extraña, tan compleja é incalificable como el gabinete donde me recibí por primera vez, donde siguió recibiéndome luego. Si fuera posible que existiese una mulata blanca, Carmen estaría descrita; que de mulata eran sus facciones, sus ojos grandes, en cuyo fondo azulado destacábanse con apasionada valentía dos pupilas negras como dos cuentas de azabache, su nariz corta, un poco ensanchada hacia los bordes, sus labios gruesos, rojos, entreabiertos naturalmente para enseñar, sin el esfuerzo de la sonrisa, una dentadura irreprochable, su barba redonda y su pelo indómito y rizado. Sólo que por estas facciones que parecían modeladas por la sangre caliente del mulato, se extendía una piel blanca, blanquísima, transparentadora de venitas azules y salpicada á trechos con lunares color de rosa. Cierta que sus cabellos eran rizados y crespos, pero tenían reflejos castaños y suavidades de seda sin tejer, y si sus labios eran carnales y sus ojos brillantes, no lo eran ni con la carnalidad bestial, ni con el brillo felino propios á la raza africana. Sólo su cuerpo, donde el vestido ocultaba los tonos de la piel, asemejábase por la corrección y la sensualidad de su dibujo, al de esas mujeres bronceadas que cruzan las calles de América moviendo con gracia andaluza y con poderío salvaje las líneas estatuarias de su contorno.

Fuí presentado á ella y recibido pronto en su intimidad. Gustaba yo del trato de Carmen, Carmen del mío, y se estableció entre nosotros una amistad franca. Agradábanle á ella mis arranques sinceros, mis asperezas de carácter, mis romanticismos de poeta y mis materialismos de hombre de mundo, mis *chulerías* como llamaba á los últimos Carmen, aceptando el vocablo aceptado ya y aceptado con todas sus consecuencias por la aristocracia de nuestro país. Encantábanme á mí los giros varios de su conversación, reflejo fiel de su carácter, tan pronto chispeante, audaz, provocativa, como sentimental y melancólica. De todo podía hablarse en presencia suya, sin temor á que se asustase por lo que le decían, sin temor tampoco á que no comprendiera lo que le querían decir.

Y claro, que este trato continuo y esta mutua simpatía, trajeron conmigo confidencias, relatos, historias, cuanto compone el recuerdo de dos existencias humanas. Y de aquellas confidencias, de aquellos relatos, de aquellas historias era testigo el retrato del gran artista, de *mi único marido*, como decía Carmen en sus momentos de expansión.

¡Cuánto quiso, mejor dicho, cuánto quería Carmen á aquel hombre!... Aún recuerdo la primera confidencia que me hizo de sus amores con él, amores cortados por la muerte de un golpe brutal, como corta una hacha manejada por un verdugo experto, á cercén.

—¿Quién era ella al conocer á Alberto? Nadie; una muchacha bonita, pero muy vulgar; *una chica de la clase media*, que no sabía de educación, de trato, de gramática y de pasiones, más que los rudimentos; lo que pudieron enseñarle una madre adocenada, unos señoritines cursis, unas monjas francesas y un marido de munición.

Él, el otro, el artista, el hombre admirado, reverenciado, ensalzado, envidiado y aplaudido por todos, fué quien la enseñó una vida nueva. Nueva, sí, porque la había enseñado á sentir, á pensar, á querer, á gozar con las sublimes concepciones del arte, á extasiarse con esas delicadezas del sentimiento que son al espíritu lo que el aroma á las flores, su belleza intangible, pero su belleza mayor y su mayor encanto. Él la había enseñado á amar, á amar *de veras* con ese amor caótico, donde se unen el suspiro con el rugido, el beso con el mordisco, las lágrimas con las risas, las brutalidades grandiosas de la carne con las grandezas infinitas de la imaginación. Él la había hecho, la había formado construyéndole un nido de riquezas con su oro, un nido de gloria con sus triunfos, un nido de placeres con sus caricias. Alberto era su Dios y ella su criatura.»

«Y á pesar de esto, aquel creador, aquel Dios, aquel amo, era suyo, de ella, su esclavo, su súbdito, su servidor, lo que ella apetecía que fuese. No; muerto estaba; no era ella de las que creen que la naturaleza puede dominarse, quedarse ayuna en sus precisas é inevitables exigencias... pero el recuerdo de aquel hombre, el amor de aquel hombre, era el único recuerdo, el único amor que llenaría *¡siempre! ¡siempre! ¡siempre!* su vida... ¡Ni con el pensamiento siquiera escarneería su memorial... Todo antes que un acto suyo, el más insignificante, cualquiera, capaz de ofender al muerto querido.»

¡Verdad que no! ¡Tú sabes que no!—añadió Carmen fijando en el retrato del gran artista sus hermosos ojos llenos de lágrimas.—¡Tú lo sabes!... «Y usted lo cree.» —¿Verdad que usted lo cree?, murmuró volviéndose hacia mí y dejándose caer desvanecida sobre la *chaise longue*.

¡Y había que creerla! ¿Qué importaba que su lujuriosa carne de mulata pareciese negar tan delicados sentimientos? ¿Qué culpa tiene el alma de la vestidura que la ofrecen?...

Siempre que nuestras conversaciones recaían, y recaían á diario, sobre el mismo asunto, había en sus ojos llanto y en sus labios palabras de veneración para aquella imagen que se alzaba encima de nuestras cabezas, sobre la *chaise longue*, con su rostro pálido, su mirada noble é inteligente, su frente espaciosa y su sonrisa de bondad. Siempre había en los relatos de Carmen un detalle nuevo, una prueba mayor de la grandeza de aquel hombre, detalle y prueba que me hacía admirarle y respetarle más cada día.

Antojábaseme que era el maestro vivo el que yo tenía delante, el autor cuyos libros constituyeron y constituyen una de mis adoraciones más perennes, pero el maestro resucitado y resucitado para mí sólo, haciéndome sentir hora por hora, todo su valer, toda su grandeza, todas sus excepcionales condiciones de hombre y de artista, metiéndose en mi corazón y dentro de mi corazón estaba, que yo había acabado por reverenciarle y admirarle tanto como ella.

\* \* \*

¿Cómo ocurrió? Como era lógico que ocurriera entre un hombre joven y una mujer bonita, que se ven á diario. La aproximación amistosa se convirtió en conjunción apasionada. Carmen y yo nos enamoramos el uno del otro sin darnos cuenta de ello, sin decirnos una palabra; lo sabíamos y lo callábamos; queríamos guardarnos el secreto. ¡Qué tontería!, ¿eh? Pues, la tontería duró cuatro meses.

Y, cosa extraña, á pesar de aquel enamoramiento mío, enamoramiento hondo, firme, yo no tenía celos del maestro. Mi respeto hacia él aumentaba con mi pasión por ella. Ya no era mi maestro, era un Dios que había tenido la condescendencia de formar á Carmen para regalármela luego.

Una tarde de primavera fuí, como todas, á casa de Carmen, y me senté á su lado en la *chaise longue*. Por las entornadas persianas entraba la atmósfera tibia de la calle, trayendo hasta nosotros los reflejos de un sol procreador envueltos en perfumes de flores, en ráfagas húmedas, en cuchicheos íntimos del aire, en un aliento de la naturaleza provocativo y lujurioso...

Hacia un gran espacio de tiempo que no hablábamos... Ignoro lo que hablamos antes de callar, sólo sé que nuestras manos se encontraron unidas, que levanté los ojos hacia ella y que ella, mirándome con sus ojos apasionados de mulata, me dijo bajo, muy bajo, con la modulación necesaria para que la escuchase yo solo:

¡Pues bien, sí; te quiero, te necesito, como tú á mí, lo mismo!

Yo me levanté y Carmen se dejó caer medio desvanecida en la *chaise longue*.

¡Qué hermosa estaba! Sus magníficas pupilas negras brillaban amorosamente entre la entornada reja de sus pestañas; las ventanillas de su nariz se dilataban, como si quisieran recoger todas las invitaciones carnales de la primavera; sus labios entreabiertos, enseñaban los dientes menudos, ansiosos de morder mis caricias... Era mía... ¡mía! Podía tomarla cuando quisiera...

Maquinalmente levanté la vista y ví delante de ella la imagen del grande hombre con su rostro pálido, sus ojos inteligentes, su frente espaciosa y su sonrisa de bondad... ¿Fue temor? ¿Respeto? ¿Fue todo junto!... Que fuese mía, bueno; pero viéndolo él nunca.

Y mientras ella, con los ojos perdidos en el espacio del gabinete, me esperaba, yo, sujetando con una mano su cintura volví con la otra el retrato de cara á la pared.

Carmen no se fijó siquiera en aquel detalle.

JOAQUÍN DICENTA.

## SONETO.

Nunca el arroyo al manantial volvió,  
nunca los peces de la mar saldrán,  
nuestras almas así, jamás podrán  
al destino faltar que Dios las dió.

¿Podrás tú dejar de amarme? No.  
Pues como va el acero hacia el imán  
una hacia otra nuestras almas van  
y tú vienes á mí y á ti voy yo.

Bien puede el tiempo entre los dos correr,  
bien puede hervir entre los dos la mar,  
bien puede eterna nuestra vida ser.

Mas nunca puede nuestro amor faltar,  
ni yo pudiera amar á otra mujer,  
ni á otro hombre que yo puedes tú amar!

JOSÉ ZORRILLA.

## AUTOREDENCIÓN.

DESDE el famoso manifiesto que en 1847 redactaron en Londres Marx y Engels, se viene repitiendo con bastante inconsciencia que «la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos.»

Esta fórmula, tomada así escuetamente, encierra la cuestión en un círculo vicioso; es el caso de aquel malaventurado que, caído al fondo de un pozo, quería salir de él tirándose de las orejas.

Sin duda el manifiesto de Londres no dió á esta fórmula el carácter exclusivista que se le atribuye, porque los autores llevaban en sí la negación de ese principio, puesto que no eran «trabajadores», y se negaban á sí propios el derecho de intervenir en la causa de los obreros.

En todo movimiento físico ó moral, la impulsión iniciatriz está en la idea. La «causa primera» de todo el mecanismo universal, el regular movimiento de los astros, el concertado artificio de la creación, la fuerza germinal de la naturaleza, el *fiat* divino, es una idea, es una voluntad de sér consciente, causa motriz de todo lo creado.

El vapor, que en el alboroto de sus moléculas en dispersión, mueve el volante que transmite á su vez el movimiento á las diversas máquinas de la gran manufactura, no es más que una fuerza inerte que se anima al conjuro de la idea, y produce la maravilla de la industria.

La locomotora, esa gran revolucionaria que ha prestado á nuestro siglo algo de su majestuosa velocidad, es un sér de la mitología moderna, nacido de la naturaleza y del hombre, tiene cuerpo y alma. Dentro del duro acero de sus contornos lleva el alma, que le da vida, la idea, la causa de su sér.

En el amor instintivo, carnal, hay la idea genética de la reproducción, como en las entrañas de la tierra está la misteriosa potencia productiva, la idea de la germinación, y en los otros amores más elevados es la

idea siempre la que los mueve y ennoblece. La abnegación, el heroísmo, la santidad, que es el gran heroísmo, según Carlyle, la filantropía, el altruismo, todos estos sentimientos no son producto del corazón solamente, sino también de la inteligencia.

Querer prescindir de los intelectuales en la cuestión social, es suprimir la conciencia del movimiento, dejarle ciego. Si la *Commune* de París fracasó, fué principalmente porque faltaban los elementos intelectuales que pudieron haber dirigido y hecho fecundo aquel gran movimiento popular, que fué en la realidad un trasunto del lirismo inconcreto, de la aspiración vaga de los socialistas románticos, de corazón exclusivamente, que saben lo que no quieren, pero ignoran lo que quieren por ausencia de cultura económica y de sentido histórico.

Mientras que Marx, aquella gran cabeza que dentro de la burguesía hubiera podido escalar los puestos más eminentes del gobierno, influyó en el desarrollo de la Internacional de los trabajadores, todo iba bien; aquella Asociación alcanzó inmensa influencia, más que por su poder real, por la habilidad que puso Carlos Marx en su organización á plena luz, con ramificaciones en el mundo entero; pero llegaron elementos turbulentos, conspiradores vulgares, inmensamente menos cultos é inteligentes que Marx, los que lanzaron á la Internacional por caminos peligrosos que sólo conducen á la impotencia y la muerte.

Así murió la Internacional, á manos de los ignorantes que no podían comprender aquel razonamiento de Marx de que no es lo mismo una revolución social que una revolución política, que si ésta puede derrumbar en un día una dinastía, no se modifica lo mismo la base económica de la sociedad, que ha sido obra de siglos y á todos los hombres afecta directamente, mientras que la caída de una monarquía no interesa más que á los cortesanos que medran á su sombra.

En el campo de la burguesía es donde agrada eso de la emancipación de los trabajadores por los trabajadores mismos, porque saben de sobra que por mucho que los trabajadores se tiren de las orejas no saldrán del pozo con su solo esfuerzo. Por eso protestan los burgueses de la intrusión de elementos inteligentes, no obreros, en las contiendas del capital y el trabajo.

Recuérdese el enojo, la indignación contra Jaurés, el eminente orador socialista, de quien dijo hace poco *Le Figaro*, con motivo de aquel gran discurso en el que pintó con los tonos vigorosos de su poesía la triste suerte del labrador, esclavo de la tierra y de la miseria, que sería lamentable que tan ilustre orador desapareciese del Parlamento francés; recuérdese la indignación que produjo á la burguesía la intervención de Jaurés en la huelga de Carmaux.

La abolición del salariado es la segunda parte de la abolición de la esclavitud. Esta no hubiera sido abolida sin la intervención de los hombres libres. Sustentar el principio de la emancipación de los esclavos por los esclavos mismos, sería de una inhumanidad jesuítica perversa.

El espíritu reaccionario mantiene al pueblo en la ignorancia, y luego le niega derechos porque es ignorante. Son círculos viciosos, cadenas para perpetuar la servidumbre. Entre la misma masa obrera existe cierto recelo contra los «señoritos» socialistas, y no sin algún fundamento, porque una triste experiencia nos enseña que no son raros los bribones que buscan en una causa simpática el escabel para sus medros personales. Por desdicha, la perversidad y el deshonor son harto frecuentes en el corazón humano, y hay quien busca las alas de la idealidad para remontarse á las serenas regiones donde se come bien. Más de la mitad de los políticos españoles son de estos; empezaron halagando á los elementos populares, éstos los creyeron y los empujaron hacia arriba, y luego aquellos sintieron no sé si el vértigo de la altura ó el deleite de la vida regalada, y recogieron velas para fondear en el puerto de la reacción. Por supuesto, no fueron sinceros; se amaron demasiado á sí propios para amar al pueblo; este es un amor en el que no cabe infidelidad; quien ama al pueblo muere amándolo.

Evidentemente, los autores del manifiesto de Londres lanzaron el principio de «la emancipación de los trabajadores por los trabajadores mismos» con un fin loable y justo, con el fin de interesar á los trabajadores directamente en la lucha de su causa en el único terreno posible, en el terreno político accesible á ellos por el sufragio universal. Y la experiencia de cincuenta años ha demostrado que ese es el solo camino fecundo para no esterilizar la idea de los generosos intelectuales que dirigen el movimiento social y el esfuerzo directo de las masas, utilizando la libertad política para conquistar la libertad económica; pero nunca se podrá sostener, en absoluto, que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos.

La autoredención es imposible en esta materia; es el caso del infeliz caído en el pozo, que necesita una mano amiga que venga de lo alto y le ayude á salir.

La prueba de que ese principio es nocivo para la libertad de los obreros, es que la parte contraria en el pleito social, la burguesía, acepta el principio conven-

cida de que es un juego de palabras, un bello envoltorio de la impotencia de la clase obrera abandonada á sí misma.

La masa no les inquieta; á lo que temen es á los elementos intelectuales que proceden de la misma burguesía, la levadura que se introduce en la masa y produce la fermentación que ha de traer un poco de equidad y de bienestar á la sociedad, ahuyentando el feroz egóismo que hoy la informa y hace de la vida un infierno para los más.

MIGUEL AQUINO.

## COSAS DE VERANO.

### UN EXPRESO.

«Y todas se van...» ha dicho Bonafoux en una crónica. ¡Todas! El mundo elegante y el que tiene *vistas* á él por huecos tan espaciosos como los que pueden abrirse con miles de francos ó de pesetas, huye de París y de Madrid como si en esta época del año el pueblo entero se les viniese encima, en busca de las playas de moda que el sol alumbra sin quemarlas, refrescan suaves brisas y adornan los contornos de un paisaje rico en colores y pródigo de salud, y el mar que parece que invita á penetrar en él con llamamiento de mujer enamorada y á sumergirse poco á poco, sin miedo á la muerte, porque ¡se debe estar tan *fresquito* allí abajo!...

Y en busca de ese mar y de esas brisas y de las montañas siempre verdes, *bajan* unas desde París al Pirineo y *suben* otras hasta el Pirineo desde Madrid, y por allá se encuentran, rivales en hermosura y elegancia, haciendo para el invierno acopio de oxígeno, como la hormiga lo hace de grano en la era donde el gañán lo recolecta bañándose también... en sudor.

¡Todo es agua! Sólo que á ésta la segrega el barro humano exprimido por la mano callosa del trabajo, y la otra de la tierra sale ó de las nubes cae, según que la primera chorreó hasta llegar al suelo y filtrarse, ó se avaporó para después convertirse en lluvia.

Sé que la envidia es gran pecado y peca á sabiendas, puesto que á envidiar voy casi todas las tardes, éstas en que Madrid parece haber sido trasladado desde España al Ecuador, á la estación del Norte ó á sus alrededores, con el único objeto de ver cómo se marchan las que se asfixian en sus cómodos y coquetones hotelitos.

La escena es la misma todos los días, el mismo encantador aspecto presentan los andenes hoy que ayer, y sin embargo, todo aquello parece siempre nuevo.

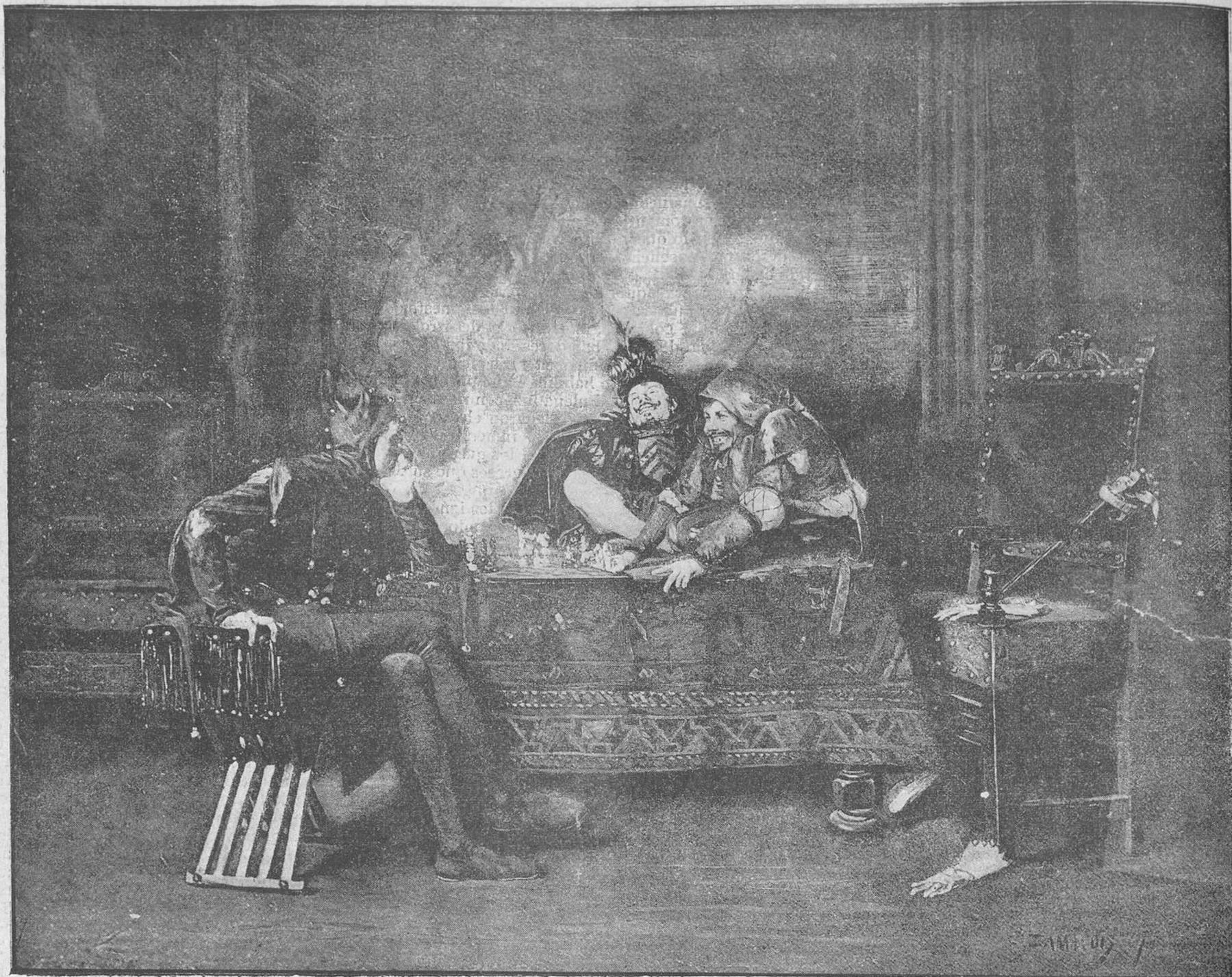
El tren no está formado por interminable serie de vagones con cargamento de animales y mercancías, precediendo á los coches donde van *empaquetados* los que, según el dicho vulgar, «viajan en tercera porque no hay cuarta»; no, el tren es corto, porque ha de correr mucho, muy deprisa, que parezca que vuela aunque se arrastre, y desde la máquina, más gallarda, más esbelta que las otras, preñada del vapor que la empuja, hasta el furgón de cola repleto de equipajes donde van encerradas las galas que confeccionaron mujeres jóvenes y hermosas, que no veranean, para que otras mujeres, lindas como ellas y en plena juventud, las luzcan, delata todo al tren aristocrático que se lleva *lo mejor de Madrid*.

Y van apareciendo los viajeros, vestidos todos irremprochablemente. Ellas con trajes claros de una sencillez y elegancia encantadoras; en la cabeza, diminuto sombrero, puesto que no se trata de ir á ocupar una butaca en el teatro, y por la cara, para resguardarla del polvo y de la carbonilla, el velito, finísimo enrejado á través del cual se descubre el cielo en los azules ojos lánguidos ó soñadores, ó el infierno, si de negros se trata, que sólo infierno puede haber entre aquellas sombras que despiden fuego... Ellos no llevan chaleco; los pantalones, rayados por delante á fuerza de plancha, según prescripción de la moda, y cortos para que se vea bien el zapato blanco ó la bota del mismo color, y sombrero de paja, generalmente, y camisa de color y cinturón de seda con cuero blanco.

¿Acaso pueden vestir de otro modo los viajeros del expreso?

Ocupan unos el *wagon lit*, otros el *sleeping-car*, pocos el *primera* que hace un triste papel en estos trenes, y van y vienen colocando las maletas, las sombrereras, riendo, charlando sin cesar, asomados á las ventanillas, en alguna de las cuales aparece el delicado busto de una jovencita que se despide besando repetidas veces el horrible hociquillo de un *fox-terrier* diminuto, compañero inseparable oculto debajo del brazo, ó formando en el andén animados grupos que se disuelven cuando la campana da el tercer toque, señal de partida.

La máquina silba y el expreso se pone en marcha avanzando con dulces movimientos, sin precipitación,



EDUARDO ZAMACOIS.—JAQUE AL REY.

para que puedan decirse adiós una vez más los que se van y los que se quedan. . . . .

...—Cuando llega el tren aquí, aunque estamos tan cerca del paso á nivel, ya va echando chispas. ¡Cómo que no se distingue bien la cara de los que van dentro! Pues si la veo yo, ¿cómo no le digo adiós, aunque fuese vestida de reina y no me hubiera querido conocer?

—¿...?

—¡Quiá!, señorito; una *golfa* como yo, ni más ni menos. El año pasao, aquí en los Viveros, nos apañábamos con el sobrante de las comilonas y las juergas. Por la tarde, así anocheció, como ahora, en cuanto oíamos el pito, ya estábamos al lao de la vía, y el tren pasaba bufando y se nos iba la vista, á mí de mareo á ella de envidia, que se quedaba echa un palo de tiesa mirando hasta no ver nada.

—¿...?

—No la he visto desde que empezó el invierno. Me dijeron por Carnaval que...

Esa se ha ido y habrá pasao por aquí, de seguro. ¡Clara era muy guapa, y en sacándola de Madrid, pa el gachó como si se llevara á la diosa Cibele!

¡Lo que estará gozando mezclá con los burgueses...! Soy agradeció y no me pesa que se haya ido. Ya volverá. ¡Todas vuelven! Sólo que unas lo hacen como se fueron, en coche cama, y otras en camilla sin coche.

¡Después de too, ya era de razón que á esas... puercas—y usted perdone—que me dan la comida que les sobra, como á los perros que se acercan á la mesa, les diese yo un buen pedazo de carne fresca y sustanciosa! . . . . .

«Y todas se van...», ¡Hasta las *golfas*!...

No es posible resistir por más tiempo esta asfixia de Madrid, *lenta pero continua*.

Yo me voy, aunque para hacer el viaje necesite anunciarme en esta forma:

«Joven excelentes condiciones, préstase acompañar señora guapa en veraneo. Posee idiomas. Muy útil.

Buenos informes dirigirse familia. Razón, etc., etc.»

Y puede que me salga una proporción para viajar en *primera* con una mujer de *sleeping-car*, según dijo un joven escritor en una de sus últimas comedias.

M. MARTÍNEZ ESPADA.

## ENRIQUE MALDONADO.

Hace años, tenía él 19, se aplastó contra las piedras de la calle tirándose desde el balcón de un piso tercero.

Aquel muchacho inteligente, noble, valeroso, fué cobarde ante las pequeñeces de la vida. El que era capaz de luchar por los ideales nuevos, retrocedió ante la envidia, ante la miseria, ante la calumnia... Ante esas miserables pasioncillas se rindió Enrique Maldonado.

¡Lástima de hombre!

Publicando hoy su artículo *El Cristo Indo*, honramos la memoria del compañero desaparecido para siempre:

### EL CRISTO INDO.

Desgarra el seno de la humanidad la lucha entre el dolor y el placer, que respectivamente se llaman en la religión *santidad* y *pecado*, como en la vida social *trabajo* y *riqueza*.

Y así, la guerra de pobres contra ricos es una fase, la más viva y sangrienta, del combate entre el dolor y el placer.

El trabajo: ley santa, fecundidad dolorosa.

La riqueza: placer estéril, sinónimo de vicio y de impiedad.

Guerreros del dolor contra el placer, de la caridad contra el egoísmo, fueron Jesús y Budha, y, por tanto, amigos de los parias y los esclavos, y enemigos de los poderosos y los soberbios.

El placer es maldito, porque es un disfraz carnavalesco del dolor, á cuyas mayores violencias trata siempre de abrir camino; maldito además, porque nuestro placer suele nutrirse de ajenos dolores. Se goza del dolor, ni más ni menos que, según la frase célebre de Bernard, *se vive de la muerte*.

*Placer* es la cortesana estéril, que envenena con sus besos. *Dolor*, la virgen augusta, la mujer fuerte, amor eterno del sabio.

En la lucha entre el placer y el dolor, ¿podrá ser derrotado el placer?

Cristo y Budha contestaron *sí*, pero este *sí* ha parecido una ilusión. El triunfo del *dolor santo*, que ellos proclamaron, y que es aquel dolor por el *santo amor* causado, no se realiza. «Cristo triunfa», pero el fariseo reina.

Y es que siempre el amor triunfa de la muerte, pero siempre la muerte triunfa del amor. Paradoja en que se resuelven la estúpida ficción del universo y el círculo vicioso de la eternidad.

Es también que la humanidad dice siempre odia al Barrabás y amar al Cristo pretéritos, pero siempre odia al Cristo y ama al Barrabás presentes.

Es, además, que pugna en el fondo del hombre contra las grandes almas, algo como el odio instintivo de la especie á sus divergencias; y que el bautismo de la idea es un bautismo de sangre, pero su consagración una irónica corona de oro que la aplasta, haciendo religión de pontífices y meretrices, é ideal de artes corrompidas, la que fué idea virginal y hermosa, *luz* de simples y consuelo de vencidos.

Porque gusta, el que es esclavo del dolor, de hacerse dueño de placeres, aunque trueque para ello las benditas cadenas del mártir por el hacha ó el cetro del

verdugo. Lo contrario, dejar el trono de la dicha, y el tálamo de la hermosura, y el cetro del poder y las flores de la juventud por vejez temprana y ascetismo humilde, y contactos regurgantes con las miserias, y persecución insufrible, lo hizo sólo aquella colosal y vaga figura de leyendas á que se da el nombre sacro de Budha, quien quiso con ello aniquilar el placer, por ser fuente del dolor, y la vida, por ser prólogo de la muerte, haciéndose así, al combatir la voluntad de vida y placer, vencedor del dolor y de la muerte.

ENRIQUE MALDONADO.

## ORIENTAL.

Oye mi canto, sultana,  
antes que tu celosía  
bañe en su luz la mañana;  
oye la dulce armonía  
de mi canción africana.  
Deja los muelles cogines  
de bordados terciopelos  
de tus regios camarines,  
y oye al que muere de celos  
y de pasión, al que vino  
á luchar contra el cristiano  
desde el desierto africano  
hasta el verjel granadino.

Vine desde las lejanas  
zonas donde las palmeras  
dan sombra á las caravanas,  
por vencer á las guerreras  
valientes huestes cristianas;  
vine, mas vine en mal hora  
por conducir en mi mano  
triumfante la insignia mora  
hasta el reino castellano  
y en lugar de noche y día  
teñir en sangre mi acero  
canto y gimo, lloro y muero  
al pie de tu celosía.

Yo soy el fuerte guerrero  
que la cerviz nunca abate  
ni nunca rinde su acero  
ni jamás en el combate  
dejó de entrar el primero  
el que en la cuja la lanza  
á ningún paladín cede  
ni en denuedo ni en pujanza;  
el que nunca retrocede  
y á su yatagán sujeta  
llevó siempre la fortuna;  
el que fué desde la cuna  
bien querido del Profeta.

Ven, pues, conmigo agarena  
hasta el Yemen perfumado,  
pues si no muero de pena;  
deja el alcázar dorado  
donde el sultán te encadena.  
Ven, hurí de las huries,  
tú que al dolor aniquilas  
con tus labios carmesíes;  
tú, que en las negras pupilas  
llevas, porque Alah lo quiso,  
los resplandores primeros  
con que encendió los luceros  
que alumbran el paraíso.

Contra mi curtida frente  
el huracán del desierto  
estrelló su arena ardiente,  
y cual él en rumbo incierto  
recorrió todo el Oriente;  
doquier dejaron mis tiendas  
de blanco lino, señales,  
y crucé todas las sendas  
y todos los arenales  
y en brazos de mi destino  
fui por doquiera sin freno  
con mi corcel sarraceno  
y mi alfanje damasquino.

Ven y en mi serrallo, ingrata,  
tendrás un kiosco de flores  
con la cúpula de plata,  
donde es de los ruiseñores  
eterna la serenata;  
ven, la más bella y divina  
de las bellas de Basora  
de Damasco y de Medina,  
y harás que el moro la hora  
nunca maldiga en que vino  
á luchar contra el cristiano  
desde el desierto africano  
hasta el verjel granadino.

ARTURO REYES.

## LA IGUALDAD.

**D**ICE hasta la saciedad esa turbamulta de eruditos á la violeta, que discursa en Casinos, Academias y Ateneos burgueses, que una sociedad donde se estatuyera la igualdad de medios, sería una sociedad decadente, el fin de todo progreso...

Para gentes que así tienen atrofiado el cerebro, una organización social en la que cada miembro de la comunidad tuviera la posibilidad de comer hasta aplacar el hambre, de dormir hasta reponer el cansancio, de vestir en armonía con las estaciones, de ilustrarse conforme á sus aficiones y aptitudes, sería una sociedad próxima á desaparecer.

Estos seres así de embrutecidos, creen ó pretenden hacer creer que el progreso es la obesidad de una clase y la flaqueza hasta el esqueleto de otra; la harta hasta reventar de un puñado y la miseria hasta el aniquilamiento de millones de trabajadores.

En su consuetudinaria ceguera, no juzgan estable una sociedad que no esté basada en la fuerza, á fin de mantener al obrero supeditado en la más abyecta, depresiva y afrentosa de las esclavitudes la esclavitud del salario, el mayor de cuantos crímenes sociales se perpetran.

Pues bien; mal que pese á estos panegiristas del absurdo progreso burgués, nosotros no sólo creemos posible una sociedad igualitaria, sino que la juzgamos

indispensable para que la humanidad pueda desenvolverse y realizar los fines propios de la racionalidad.

Como que el ideal capitalista sólo se concreta á llenar sus arcas, no importa cómo, la burguesía cree que el día en que la moneda se haya transformado en utensilios de cocina, por ejemplo, cesará el mundo de existir. ¡Gentes más ignorantes! No, el progreso no se detendrá porque haya desembarazado su camino de todas las inmundicias que en él han depositado los que no tienen otro amor, ni otra pasión, ni otro goce que la acumulación del dinero; lo que hará entonces será cambiar de objetivo.

Hasta ahora, lo que se ha entendido por progreso no es más que el enriquecimiento de unos cuantos industriales y la ruina del pueblo. En efecto, ¿qué vemos á cada nueva conquista de la ciencia? Acrecentarse la fortuna de algunos, mientras que en inversa proporcionalidad aumenta la miseria del mayor número.

Apenas un inventor dota á la industria de una máquina que duplica ó triplica la producción, disminuyendo la suma de trabajo humano, inmediatamente se traduce por despide de obreros desde entonces inútiles, reducción de salarios de los que continúan trabajando y aumento de miseria para los obreros en general. Este es el verdadero progreso para ciertas gentes: extrema riqueza de los plutócratas; extrema indigencia de los productores.

Nosotros entendemos el progreso de diferente manera; según nuestro criterio, representa la facilidad dada á todos y cada uno de desenvolver sus facultades, y el aumento, por tanto, del bienestar común.

Lo que sacrifica los intereses de la colectividad á una clase de afortunados, no es, no puede ser progreso; es, pura y simplemente, la continuación de la injusticia del salvajismo.

Si á pesar de la carencia casi general de ilustración, que es la muerte de la inteligencia de los más, podemos apreciar el desarrollo de todas las ramas del saber humano; si á pesar del enorme desperdicio de la producción, la riqueza social crece diariamente, ¿qué ocurrirá, pues, cuando la colectividad entera esté en condiciones de desarrollar todas sus aptitudes, de aplicar sus facultades todas?

Hasta tanto que una organización social armónica no haya barrido el antagonismo de los intereses, y cada ciudadano encuentre dentro del bienestar general la propia satisfacción, el progreso no principiará á ser verdaderamente marcha adelante, sino ruedas que giran siempre en el mismo sitio.

Se nos objetará que este ideal no puede realizarse; que los hombres tienen necesidad de un estímulo que mataría la igualdad.

Los que de tal suerte arguyen, no se percatan de que la igualdad que nosotros pretendemos no es la abrumadora homogeneidad, ni la igualdad — como pretenden algunos ignorantes ó malvados — física, sino, pura y simplemente, la igualdad en los medios de educación, la facilidad de instruirse en todos los secretos del arte, en todos los progresos de la ciencia, en las hermosuras todas de la estética; en una palabra: igualdad de deberes, igualdad de derechos. Las deficiencias individuales que aun así pudieran resultar, las obviaría la comunidad, y la solidaridad, esa hermosa virtud privativa de los que nada tienen y sienten la nostalgia de la felicidad y la dicha humanas, se encargaría de lo demás.

¿Qué dificultad puede existir entonces para que igualdad tan ajustada á razón pueda realizarse? Los trabajadores tenemos ya la igualdad de la miseria y de la opresión, y esta igualdad ante el mal no puede tardar en generar la igualdad ante el bien.

¿En qué, pues, mataría esta igualdad los estímulos para el desarrollo moral y material de la especie? Un nuevo orden de cosas implica forzosamente costumbres nuevas.

En suma; es que aún hoy, en nuestra bella sociedad, donde los más hermosos sentimientos se tasan como materia en bruto, ¿no hay seres verdaderamente superiores, siquiera sean los menos, que la cantidad monta poco, que sólo acarician en su mente la ilusión de la gloria y el goce espiritual, cuando buscan penosamente en sus vigilias é insomnios la solución de un problema transcendental?

El literato, el pintor, el escultor, el músico, el inventor, todos los genios, todos los artistas, todos los sabios verdaderamente dignos de este nombre, enamorados de su obra, ¿sueñan solamente con la recompensa pecuniaria que puede producirles su labor? Ni por asomo. Lo que más les halaga y seduce seguramente es la propia satisfacción; es tal vez el supremo placer de ver admirada su obra por sus semejantes.

En una sociedad que asegurara á todos la plena satisfacción de sus necesidades, ¿podía faltar ese acicate moral á los que, dotados superiormente por la Naturaleza, hubiesen producido una obra genial? Bien al contrario, y puesto que la instrucción de todos los conocimientos humanos se repartiría con profusión, cada cual aportaría al artista y al sabio el tributo de su admiración, tanto más sincera cuanto más ilustrada.

No; la igualdad, tal como nosotros la propagamos y defendemos, no es la decadencia ni el fin del progreso; es, mejor dicho, el fin de la decadencia y el nacimiento del progreso.

X. X.

## PRELIMINARES. (1)

I.



La inmensa labor de los antiguos filósofos se ha reducido, salvo rarísimas excepciones, á un fárrago inútil de palabras que sólo pueden interesar desde el punto de vista histórico: sus doctrinas no eran resultado del prolijo trabajo del observador paciente que escudriña la realidad para consignar hechos que, sumados á otros de la misma laya, acaso sirvan para formular una ley suprema, incontrovertible, que los compendie á todos; si no invenciones fantásticas, ingeniosidades caprichosas concebidas y amamantadas en la soledad del gabinete, juegos del cerebro en los cuales la inteligencia se retorció y dislocaba por quintesenciar las más alambicadas reconditeces de los fenómenos, sutilezas de soñador enfermo que se esfumaban con el insólito temblequeo de un fuego fatuo, faltas de datos positivos que les sirviesen de enérgico sostén, é influidas y viciadas además por las ridículas infantiles preocupaciones de aquellos siglos remotos. Nada resta ya del divino *trimurti*, trinidad compuesta de Brama, Visnú y Síva, que los antiguos indios adoraban como principios únicos y fécondos del universo; ni de las cosmogonías de Confucio y de Zoroastro, que libó la esencia de sus doctrinas con las enseñanzas por los doctores judíos esparcidos en las ciudades persas; ni de la famosa trinidad de Tebas, la más excelente de la teología egipcia; ni de la teogonía de Hesiodo, que hacía engendrar á Erebo y á la Noche en maridaje monstruoso, el Eter y el Día, y luego relataba una larga serie de cópulas inconcebibles para explicar la formación de los mundos; nada queda tampoco de las escuelas filosóficas de Alejandría; ni de los sofistas griegos que eternizaron con sus discusiones las bóvedas del Partenon; ni de las viejas teorías escolásticas dimanadas de los libros de Platón y Aristóteles, faros inmortales de la filosofía helénica. Aquello pasó, y el tiempo, que lleva y trae las civilizaciones en inestable y voltario movimiento, hundió los venerados altares, hizo olvidar los nombres menos célebres y cubrió los libros sagrados con el liviano polvo de los siglos.

Desde entonces se inició una reacción del raciocinio frío contra la fantasía exaltada por el abuso de la dialéctica; de la experimentación lenta pero segura, contra el procedimiento especulativo; de la realidad negada y menospreciada por los sofistas y platonistas, contra el mundo de lo invisible, que influyó notoriamente en la literatura romana contemporánea de los sucesos de Augusto, continuó desenvolviéndose á través de la Edad Media, á pesar de las contiendas religiosas, el poder abrumador de la Iglesia que cuidaba de ahogar todas las explosiones del pensamiento libre, y de los esfuerzos de muchos pensadores reaccionarios de innegable valía, y que aún prosigue su marcha triunfal, absorbiéndolo todo.

Conforme las sombras se disipaban la realidad fué imponiéndose, y ganando terreno las ciencias positivas á medida que el desprestigio caía como mortífera granizada sobre el ubérrimo plantío de preocupaciones religiosas que los antiguos sacerdotales defendieran con celo infatigable, validos de los divinos poderes de que se imaginaban investidos. La geología descendió á las profundidades de la tierra y explicó el misterio de su formación; la astronomía sujetó á fórmulas inmutables el movimiento giratorio de los mundos; los médicos desecharon el ridículo temor á los muertos y revelaron la íntima estructura de las entrañas; la física y la mecánica precisaron las propiedades y las leyes de la materia; la química hizo huir avergonzada á la alquimia. El cocodrilo del Nilo, animal sagrado, perdió sus divinas facultades para convertirse en un reptil repugnante del orden de los emidosaurios; y el sacro escarabajo, que los egipcios consideraban como emblema del valor varonil, complaciéndose en esculpirlo al pie de las estatuas de sus héroes, en un inmundo bicharraco del género de los coleópteros, que vive y se regodea con las pestilencias de los estercoleros; los bosques se quedaron sin divinidades, los ríos sin nereidas y sin ninfas, los hogares sin espíritus benéficos, las noches sin brujas, los mares sin sirenas, las entrañas del globo sin cíclopes, sin dioses los dilatados espacios del cielo. La fábula huye y se repliega en el pasado, y la filosofía toma nuevos y seguros derroteros, según van desenvolviéndose las ciencias particulares que la informan y de las cuales saca las ver-

(1) Véase el artículo *Cómo se lucha*, publicado en el n.º 12 de GERMINAL.

dades ya comprobadas que infunden tonicidad á sus conclusiones; la metafísica ha muerto tras un largo y glorioso reinado; enfermó con Kant y Fichte y Hegel la enterró, y sobre sus despojos se ha erguido la experimentación avasalladora y omnipotente, robustecida por las conquistas que en sus campos de acción obtienen las diversas ramas del humano saber, como el río principal aumenta el caudal de sus aguas con las arrastradas por los torrentes y arroyuelos que forman su cuenca hidrográfica.

El método experimental siempre contó con notabilísimos defensores, que fueron marcando las diversas formas revestidas por el espíritu positivo del hombre.

El más sobresaliente de los antiguos es Aristóteles, genio extraordinario, luminoso, que se adelantó á su época y aún sigue brillando con pasmosa intensidad á despecho de los siglos transcurridos, y cuyas doctrinas, exageradas maliciosamente en cierto sentido, sirvieron de punto de arranque á la filosofía escolástica defendida por los primeros padres de la Iglesia, incluso San Agustín y Santo Tomás, que no osaron corregir los principios esenciales sentados por el milagroso pensador griego. Epicuro y Demócrito, apóstoles de la escuela sensualista, que exaltaron el amor á los placeres de la carne ponderando la brevedad y excelencias de la vida y los paradisiacos deleites que á ella van unidos; y Lucrecio, el padre del materialismo latino. En épocas muy posteriores aparecen Bacon y Descartes, verdaderos fundadores de la filosofía moderna, que, aunque espiritualistas, favorecieron grandemente el desarrollo del método experimental; y más tarde Locke y Condillac, geniales adalides del sensualismo inglés y francés, respectivamente.

Por entonces, el intenso quebranto que en las conciencias de los creyentes más fervorosos y puritanos habían causado las cruentas guerras encendidas por el cisma de Lutero, la vertiginosa propaganda de ideas hecha por la imprenta, y las corrientes de libertad provocadas por Voltaire, D'Alambert, Rousseau, y demás briosos autores de la Enciclopedia, determinaron un gran desarrollo en todas las ciencias, que bien pronto se reflejó en las heterodoxas tendencias de la filosofía del siglo XVIII.

El descubrimiento de Harvey produjo una revolución enorme en las ciencias médicas, y la anatomía y la fisiología se enriquecían rápidamente, derrotando las teorías animistas de Stahl; Cuvier echaba los cimientos de la paleontología; Linneo retenía en los repliegues de su gigantesca memoria, los nombres de todas las plantas que forman la flora terrestre, clasificándolas con extraordinaria habilidad; Newton y Leverrier ampliaban el sistema astronómico de Galileo; Franklin descubría el pararrayos y encadenaba en la punta de un florete el fuego de los cielos; Javier Bichat moría á los 30 años, llevándose al sepulcro la misteriosa fisiología de los tejidos vivos; Lavoisier, creador de la nomenclatura química, demostraba en su laboratorio la inmortalidad de la materia, mientras los mecánicos probaban la eternidad de la fuerza.

Determinóse entonces en Francia un movimiento filosófico en sentido sensualista, iniciado por Cabanis y continuado por Garat y Maine de Biran. El delirio de la experimentación substituyó al antiguo vértigo especulativo, y los médicos hicieron olvidar á los metafísicos soñadores de antaño: Gall inventaba la frenología y en poco tiempo conseguía multitud de adeptos, y Lavater escribía muchos volúmenes para demostrar la fisiognomía ó arte de conocer el carácter de las personas por los rasgos de su semblante. Estas tendencias decayeron un poco durante la reacción idealista iniciada por Kant, y exaltada hasta lo ridículo por los filósofos racionalistas alemanes; pero después de la muerte de Hegel, ocurrida en 1836, sobrevino una explosión positivista que al fin triunfó definitivamente, correspondiendo á Molleschot y Büchner la gloria de ser los promotores de esta contra-revolución; y en tanto que el materialismo alemán sostenía la eternidad de la materia y de la fuerza, Darwin publicaba su *Origen de las especies*, y Hæckel y Bain robustecían con sus trabajos el glorioso monumento del ilustre naturalista inglés. Esto provocó una fecunda germinación de teorías que reconocían á la sensación y al libre examen como fuentes supremas de toda verdad; y aparecieron, Herbart con su psicología matemática; Fechner autor de la psico-física; Lotze, Wundt y Claudio Bernard, fundadores de la psicología fisiológica; Littré y Spencer apóstoles del moderno positivismo; Lombroso y Garofalo con sus teorías criminalistas; Taine, Whitney, Charcot, Richet, Max Nordau y Beaunis, cultivando diversos asuntos, pero contribuyendo todos á enriquecer el vastísimo caudal de la filosofía positiva.

La especulación pasó de moda; que las ideas, como la indumentaria, también se hallan sujetas á los mudables caprichos de la fortuna; nadie recuerda ya los sofismas de la metafísica escolástica, ni las teorías de Malebranche y de Leibnitz, ni las sutiles argucias de los sofistas del período kantiano. La sensación ha triunfado, tras larga brega, de la razón pura, el método experimental del dialéctico, Aristóteles de la escuela platonista; y la voz poderosa del filósofo griego conti-

núa oyéndose á despecho de los siglos y de la legión de sabios que escalaron tras él el templo de la gloria; resonando en la inmensidad de los tiempos á cada nuevo amanecer, como Memnón, el dios egipcio, hijo de la Aurora, cuya estatua parlante saludaba diariamente con un prolongado bramido, la alegre resurrección de su madre.

EDUARDO ZAMACOIS.

(Concluirá.)

## TRES SONETOS DE STECCHETTI.

A...

Estos cabellos tuyos que hoy te mando,  
cuando del viejo escriño los sacaba,  
¡tal vez no lo crearás! ¡Yo los besaba!...  
¡No lo crearás! ¡Y los besé llorando!

¡El tiempo pasa! ¡Todo va pasando  
y con ello tu amor que me engañaba!  
¡Sólo quedó mi fe, que te juraba  
morir, tus gracias y mi amor cantando!

También ¡ingrata! con sentido acento  
hiciste tuyo el juramento mío!

¡Qué sacrilego ¡oh Dios! tu juramento!

Apenas guardas de él recuerdo frío,  
y yo para arrancarlo al pensamiento  
aún beso los cabellos que te envío.

## RECONDITECES.

Nadie sabe tus gracias como yo,  
pues secretos no tienen para mí,  
tu blanda almohada en que soñé y dormí  
y el ligero cendal que nos cubrió.

Mi labio tus delicias apuré,  
tu cuerpo al mío con ardor ceñí;  
si lúbricos delirios te pedí,  
locuras tu pasión me concedió.

¡Ay! Si el mundo supiera como sé  
á qué arrebatos te obligó á llegar  
la carne que á mi antojo estimulé...

¿Cómo pudiera entonces sospechar  
que tú celosa de mi amor, sin fe,  
no me llegaste ni un momento á amar?

## Á UN AMIGO.

*Et rose elle à vécu ce que vivent les roses  
L'espace d'un matin.*

Aquí, entre las vilezas insidiosas  
de esta inicua Babel (1) pasó la vida  
imbécil, por el tedio consumida  
maldiciendo á los hombres y á las cosas.

Si del genio las chispas luminosas  
alguna brilló en mí, ya fué extinguida.  
Yace mi juventud inadvertida.

¡Yace! ¡y vivió la vida de las rosas!  
Ya no creo, ya no espero, ya no amo,  
y hablas en vano, bondadoso amigo,  
al corazón que ni esperanzas tiene.

El bien es el amor y al amor llamo,  
¡ay! pero ya ese bien no va conmigo;  
¡mira, en vez del amor, la muerte viene!

J. JURADO DE LA PARRA.

## SOLUCIONES Á LA CUESTIÓN SOCIAL.

### LA SOLUCIÓN DE LA NOBLEZA.

(Opinión del marqués de X, poderoso terrateniente, muy amante de la tradición y gran aficionado á las frases hechas. El señor marqués comienza á monologar después de haber leído un periódico que da cuenta de un atentado anarquista.)

— ¡Esto está mal, muy mal, es indudable! La gente se muere de hambre; pero, ¿cómo encontrar remedio á tal estado de cosas? La existencia de las calamidades es un absurdo, como lo es también la existencia de las bestias dañinas; pero los males de la sociedad son tan irremediables como los males de la naturaleza, y pretender arreglar el mundo de otro modo es

(1) Nápoles.

querer enmendar la plana á la Providencia, que lo dispuso así con su cuenta y razón.

Hay pobres y ricos, afortunados é infelices, porque debe haberlos; porque si todos fuésemos iguales, yo no tendría entonces quien me limpiara las botas, y el que ahora me las limpia no tendría quien le pagase por hacerlo. La desigualdad entre los hombres es lógica. (*El señor marqués se siente inspirado.*) ¿Qué nos enseña la historia, esa maestra de la vida? ¿Qué ha sucedido desde la más eterna noche de los tiempos? ¿Adelantaron algo los griegos con su comunismo y los romanos con las leyes agrarias? (¡!) ¿Adelantaron algo los... los?... ¿Adelantaron algo? (*El señor marqués comprende que no adelantaría gran cosa de seguir por el camino de la erudición histórica, y pasa á otro orden de consideraciones.*) Una sociedad donde todos fuesen iguales y felices es la utópica creación de un poeta loco. Si eso fuese posible, el pueblo, que es como los niños antojadizos, acabaría por pedir la luna. Querría el patán vestir á su mujer con randas de Valenciennes y el obrero tener palacios como los potentados. El continuado bienestar conduciría inevitablemente al más desenfrenado vicio, y sin ningún respeto humano ni divino que contuviese sus estragos, relajados los vínculos de la familia, rotos los lazos que unen al hombre á la sociedad, marcharíamos por la pendiente del crimen al abismo de la nada y al caos de... ¡Imposible, imposible!

El pueblo es como las caballerías, que con el alivio de la carga y el exceso de regalo se embravecen y vuelven indóciles al freno.

¡Qué horrible es la obra de la revolución y de la libertad!

En otro tiempo, el villano no sabía leer, pero comía tranquilo su pote. El rey hacía justicia, el noble cuidaba sus vasallos, el convento repartía su sopa, y en las grandes calamidades, cuando esto no bastaba, acudía la religión con sus consuelos. Ahora el trono perdió su poderío, el clero sus bienes, la nobleza su prestigio, y ha nacido la anarquía con todos los horrores de la dinamita.

Los pensadores (*sin duda se refiere el señor marqués á los redactores de «La Epoca»*) dicen que la cuestión social es pavorosa, y auguran para lo porvenir tremendas catástrofes. Suceda lo que quiera. Confíemos en Dios, que sabrá remediar nuestros males, y en la espada de la justicia, que amparará nuestros derechos. (*El señor marqués, luego de terminado su monólogo, se hace servir un reparillo y se queda tan satisfecho y tan fresco.*)

### LA SOLUCIÓN DE LOS QUE GOBIERNAN.

— Comienza el hambre á hacer estragos en una provincia cualquiera y las autoridades todas tratan de poner remedio á la miseria. El obispo de la diócesis dirige una pastoral á los párrocos para que exciten en sus feligreses pudientes la caridad cristiana; el gobernador también dirige una comunicación oficial al ministro de Fomento, pidiendo que se resuelvan los expedientes de las carreteras y ferrocarriles proyectados en la comarca. Los Ayuntamientos se reúnen para arbitrar fondos, y las *clases altas* reparten unos cuantos chalecos viejos y pantalones remendados.

Sucede que la caridad cristiana no basta á llenar todas las bocas, que los expedientes de Fomento no se resuelven, que los Ayuntamientos no encuentran fondos, y que, con los pantalones remendados de las *clases altas* no cubren su desnudez más que docena y media de infelices.

Como los pobres son ignorantes, no pueden calmar las ansias del hambre leyendo á los filósofos estoicos y cuando la miseria hace germinar la cólera, un desgraciado cualquiera habla á todos los demás de supremos ideales de justicia y de pan tierno; les dice que para conseguir ambas cosas es preciso cambiarlo todo, destruir, matar; y los desgraciados, hambrientos y coléricos, tratan de cortar la cabeza á todo el que hace tres comidas diarias.

La sociedad, primero se espanta, y luego dice que los hambrientos son unos bárbaros. El obispo dirige otra pastoral á sus párrocos, echando la culpa de todo á la impiedad de los tiempos; las *clases altas* huyen asustadas, atribuyendo los trastornos al exceso de libertad; el gobernador, más filósofo que las demás autoridades, concentra la Guardia civil, y el Gobierno entrega los autores del *salvaje atentado* á la autoridad judicial, que soluciona el asunto mandando á unos al garrote, y á otros al presidio.

### OTRA SOLUCIÓN.

¡Esperemos que el pueblo se instruya, esperemos que cese la inmoralidad administrativa! Cuando el pueblo tenga sufragio universal, jurado, matrimonio civil, justicia gratuita; cuando la agricultura, el comercio y la industria estén suficientemente protegidos y desarrollados; cuando el obrero cuente con el apoyo del poder, y la nación tenga un ejército fuerte, una marina poderosa, un clero justo y sabio, entonces veremos si no se resuelve la cuestión social.

## UN SOCIALISTA TEMPLADO.

No hay que crear un Gobierno para los mercaderes, los industriales y los propietarios, porque la mayor parte de los hombres ni vende, ni fabrica, ni tiene propiedades.

En Inglaterra hay instrucción, muchas libertades y derechos políticos, el comercio y la industria están florecientes, y, sin embargo, también hay mucha miseria y se muere la gente de hambre.

Los partidos avanzados dicen que protegerán al obrero; pero esto es muy nebuloso. ¿Proteger al obrero? Lo mismo dice el papa en sus Encíclicas y los conservadores en el Ateneo.

Si los partidos avanzados no tienen otros programas, me parece que habrá que pensar en otra cosa.

## UN SABIO.

—¿Pero hay tal cuestión social? Eso debe ser una broma de los políticos. La solución de tan quiméricos problemas es bien sencilla; no hay más que decirle al pueblo: *todo hombre sano que quiera trabajar encontrará trabajo suficientemente remunerado*; para llevar á cabo esta reforma queda suprimida la propiedad privada, suprimida la herencia, suprimido el presupuesto del clero y clases pasivas, suprimido...

## EL SEÑOR MARQUÉS, EL GOBIERNO Y LOS PARTIDOS AVANZADOS.

—¡Iluso, utopista! ¿Adónde iríamos á parar? Eso es imposible, el estado actual de Europa... los intereses creados... las clases conservadoras... los trastornos... ¡imposible! ¡imposible!

## EL SABIO.

—¿De modo que no tiene el problema más solución que la espada de la justicia del señor marqués y el verdugo del Gobierno?

## TODOS.

—Sí, sí, el garrote, el garrote.

## EL SABIO.

¡Ah! Los utopistas, los ilusos sois vosotros que pretendéis solucionarlo todo con el garrote; el hambre no tiene cuello.

RICARDO FUENTE.

## Á VENUS GIGANTESCA.

Cuando cae la mujer que me quiere,  
sin sangre, ni aliento, tras lúbrico espasmo  
y en mis brazos parece que muere,  
sumiéndose estática en hondo marasmo,

me acomete con furia el deseo,  
tu imagen evoco ¡beldad arrogante!  
y apretando los párpados veo  
desnudo tu cuerpo, ¡tu cuerpo gigante!

necesito trepar á tus blancas  
caderas, forjadas con bronce y con nervio,  
adherirme á tus sólidas ancas,  
cual pégame el muérdago al roble soberbio,

enroscarme á tu cuello triunfante,  
hundir la cabeza en el mar de tu pelo,  
anegarla en tu aroma embriagante,  
soltarte asfixiado, golpearme en el suelo

y si, diosa, en crueldad infinita  
sonriendo te alejas y no me levantas  
... ¡perecer como hierba marchita  
que al sol ve partir á quemar otras plantas!

RAMIRO DE MAEZTU.

## LA VUELTA DE LAS CIGÜÑAS.

(APUNTES.)

## III.



SCRITOS los apuntes que he dedicado al examen del cristianismo, he leído un artículo de Spencer refutando las afirmaciones idealistas de Balfour, y los espíritus reflexivos no pueden menos de reconocer que al filósofo inglés le asiste razón cumplida desligando al hombre de la creencia natural.

«La obra de Balfour — ha dicho Spencer — se titula *Los fundamentos de la creencia*. ¿De qué creencia se trata?, es preciso preguntar. Pues de ninguna de las agrupadas con el nombre de naturalistas, sino de las

doctrinas opuestas, de la creencia de lo sobrenatural, de la fe; por consiguiente, en un poder supremo, semejante al afirmado y adorado por la opinión usual en el mundo.

»¿Pero es que los argumentos que ofrece Balfour como pruebas de la existencia de ese poder, dan por cosa averiguada de antemano lo mismo que trata de averiguar precisamente? Así, por ejemplo, se afirma que toda la vida ofrece un orden que ese poder supremo ha establecido, en vista, sobre todo, de las necesidades humanas.

»Lo justo sería, sin embargo, empezar averiguando si el orden referido existe, continuar poniendo en claro si está referido al hombre, y deducir luego si era posible esto, que el poder supremo existía; pero no proclamar la existencia de poder semejante, sin más que la afirmación poco meditada de un orden que, caso de existir, es preciso demostrar que se encuentre referido al hombre.

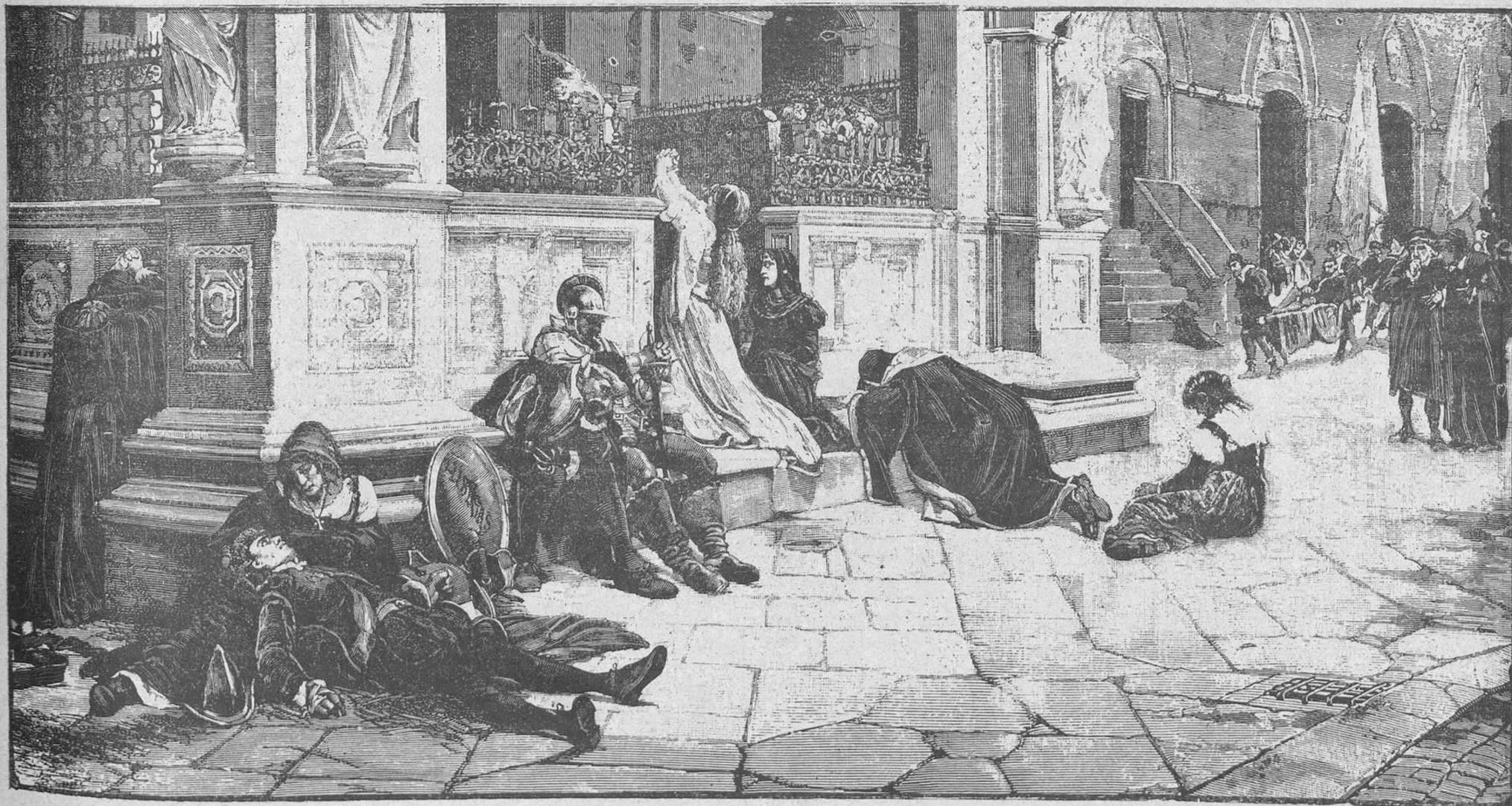
»Agréguese que la doctrina de lo sobrenatural es consoladora. Nos falta, sin embargo, averiguar si el carácter consolador de una creencia es razón suficiente para aceptarla, y si á la pregunta que todo esto supone debe responder en vista de la calidad ó de la índole de la felicidad esperada.

»La verdad es que la opinión de Balfour no es más que una forma refinada de la opinión primitiva, que considera las cosas como dispuestas en beneficio del hombre; el sol para presidir al día, la luna á la noche, los animales y las plantas para las necesidades de la humanidad. Pero cuando el hombre, prescindiendo de lo que significa su historia animal, olvidando que en el mundo hay desiertos y otras regiones inhabitables, tan sólo repara en que su propio cuerpo sirve de morada á treinta especies diferentes de parásitos que le producen torturas horribles; ó cuando imagina las variedades numerosas de microbios, de los cuales causan unos la enfermedad y la muerte y otros dan nacimiento á epidemias espantosas, tiene pocos motivos, en efecto, y como tal sér humano, para creer que el orden de la naturaleza ha sido dispuesto con el propósito de satisfacer sus necesidades.

»La realidad que los hechos imponen al hombre no es que el mundo exterior haya sido creado para servir á su naturaleza, sino que ésta, por el contrario, ha sido modelada para acomodarse al mundo exterior.

»Balfour asegura que la existencia de un poder creador del mundo debe ser reconocida, aunque ignoremos cómo la creación ha sido hecha ni cómo el poder creador gobierna su obra.

»Pero si la acción de ese poder no podemos cono-



PIETRO ALDI.—LAS ÚLTIMAS HORAS DE LA LIBERTAD EN SENA.

cerla, ¿en qué nos fundamos para hablar de ese poder mismo? Y dado que sea racional la causa del mundo, ¿que nos impedirá, contra lo que Balfour supone, presumir un cierto modo de acción por el cual esa causa ha creado y dirigido el sistema ordenado de los fenómenos, ya que sin esto esa creación y dirección permanecen absolutamente inexplicables? Sin duda hay en todo ello un defecto de razonamiento. Si se afirma la existencia de la causa primera, expliquemos su obra; mas si ésta es inexplicable, ¿en qué nos fundamos para satisfacer la inteligencia con una afirmación incompleta?

Debe creerse, de acuerdo con Balfour, que la razón y la autoridad tienen sus partes legítimas en la determinación de nuestras creencias y aun pudiera agregarse que la vida sería imposible si las creencias formadas por la razón no estuviesen mantenidas por la autoridad; pero de ninguna manera se puede concluir diciendo que es en absoluto necesario prescindir de la razón. Basta considerar que con ella hacemos en la vida algo tan importante como la elección, por motivos razonables, de la autoridad que más nos satisface, entre las muchas que presenta la experiencia.

Aparte de esto, la humanidad conducida por la ciencia, ha pasado del boomerang al cañón, de la canoa al trasatlántico, de los caracteres escritos en pergamino al periódico cuya tirada es de 20.000 ejemplares por hora. Es superfluo decir que la ciencia preside hoy al desenvolvimiento de todo el arte y de todas las formas de vida.

Establecido esto, la pregunta fundamental que el libro de Balfour sugiere es ésta: — ¿Han ganado las proposiciones teológicas en certidumbre y evidencia con la marcha del tiempo y el progreso de los conocimientos, ó ha sucedido lo contrario?

Los archivos asirios y egipcios, descubiertos en estos últimos años han confirmado, sin duda alguna, ciertos hechos contenidos en la Biblia, y demostrada así la parte natural de la historia de los hebreos; pero en todo ello no hay más motivos para aceptar la parte sobrenatural de esa historia que en las demostraciones de las conquistas contadas en los Sagas noruegas para creer en Thor y en Odina. Adviértase, además, que de no admitir lo que acaba de decirse, no tendría más remedio, si los sacerdotes asirios y egipcios existiesen, que convenir con ellos en que la concordancia dicha demostraba igualmente la exactitud de sus religiones respectivas.

Las investigaciones científicas y literarias ofrecen, sin embargo, el resultado de evidenciar ó de poner en duda todas las partes de la narración bíblica que atañen á la teología. La confianza, además, que ésta inspira, no ha aumentado en proporción del tiempo, sobre todo si nos preguntamos cuál ha sido su éxito en la dirección moral que ha dado al mundo.

Después de dos mil años de enseñanza y de disciplina cristianas, ¿estamos próximos á la vida ideal que debían proporcionarnos? ¿Qué debemos pensar del sentimiento contenido en estas palabras de un príncipe glorificado, respetado por un emperador popular, según las cuales «la sangre y el hierro son los únicos remedios que no marran jamás»? Y en los pueblos que admiten los combates, ¿qué progreso hay hacia la máxima del olvido de las injurias? ¿Cuál es el freno que existe para la pasión del desquite internacional, que la masa general considera como un deber?... ¿Es que estamos cerca de los tiempos anunciados en que eran rejas de arado las espadas, ahora que son más numerosos que nunca los ejércitos?...

La ciencia ha ido ganando una autoridad cada vez mayor, al propio tiempo que la de la teología ha ido disminuyendo por el descrédito de sus declaraciones y el fracaso de sus preceptos de conducta. Donde el conflicto se ofrezca, la razón tendrá que atenerse á la autoridad de la ciencia mejor que á la de la teología, dado el caso de que esa razón misma tenga que renunciar á sus fuerzas para acudir á la autoridad.»

E. ALONSO Y ORERA.

## LA UNIDAD DE IDEAS.



Se ensancha el ánimo al contemplar cómo los hombres amamantados en ideales nuevos van buscando, sin programas cerrados ni exclusivismos de escuela, un medio de entenderse dilucidando las trascendentes cuestiones que se hallan hoy sobre el tapete.

Ufanos encontramos al observar lo hermoso y elevado de las polémicas que surgen en GERMINAL y que con tanta elevación de miras como brillantez de pensamiento vienen sosteniendo, entre otros escritores, Ernesto Bark y Rafael Delorme.

Contristado hallárase nuestro espíritu si estas discusiones tan serias y razonadas degenerasen en luchas personales, á que tan fácilmente podría llegarse si aquí dejáramos dominarnos por estrecho criterio de

secta ó por intemperancias mal avenidas con los propósitos que voluntariamente nos hemos impuesto. Mas no incurriremos en delitos imperdonables, contribuyendo conscientemente á un desquiciamiento nada favorable para la santa causa que tan valerosa como desinteresadamente estamos defendiendo, á despecho de reaccionarios insensatos, contra amigos que nos son queridos, en pugna con nuestros propios intereses, quitándonos el sueño y el reposo, á pesar de las amenazas del destierro, cara á cara de las perspectivas de la cárcel.

La gente de nuestro semanario, inspirándose en algo nuevo, original, abandonando por completo sistemas caducos, retraída en absoluto de todo lo que puede serle personal, fija la vista en algo grande: el ideal; atenta al derrumbamiento de un poder secular: la reacción; viene dando con su actitud un hermosísimo ejemplo á esos hombres que con sus intransigencias fomentaron la discordia en el seno de los partidos, á esos que provocaron las intestinas luchas que nos han devorado por espacio de un siglo, llevándonos á la más horrible decadencia.

Entendemos que todos los fanatismos son igualmente perniciosos, y hemos de hacer caso omiso de nuestras personas para llevar á feliz término ideas y principios que pueñan salvar á la patria, en plazo más ó menos corto, de la miseria á que nos ha conducido el detestable régimen doctrinario en nefando consorcio con la repulsiva monarquía borbónica.

Para llegar á un fin práctico, Ernesto Bark propone una solución: *la compenetración ó síntesis de las corrientes marxista, libertaria y positivista, sobre la base de un programa de acción que todos pudieran aceptar.*

No nos parece mal.

Toda solución que tienda á derribar los impúdicos regímenes de las monarquías nos parecen igualmente recomendables.

Y para que no se crea que hablamos á humo de pajas, firmaremos en blanco cualquier solución que á este efecto se presente.

Pero entendemos que lo que hay que buscar aquí no es sólo unidad de acción, si que también de ideas.

De España se ha dicho que es el país de los pronunciamientos; y á un pueblo como el nuestro, á quien le halaga la proximidad de la revolución y las cimas de las barricadas; un pueblo que no está acostumbrado, por absolutismo de sus gobiernos, á librar nada en el derecho y á esperar todo de la lucha en las calles; que no tiene la perseverancia del sajón y la tenacidad del suizo, indispensable para las luchas políticas, y que prefiere el heroísmo de la muerte al sacrificio de una lucha dudosa, constante, perdurable, ese pueblo no necesita en realidad un programa de acción; sólo espera que alguien le diga: «Anda».

Lo que, á nuestro juicio, debe presidir una revolución práctica es la unidad de ideas ó la identidad de pensamiento, y ya esto sea imposible por encontrar un escollo infranqueable como es el de la ambición personal, tan inherente á los hombres, puede buscarse otra solución suavizando asperezas y olvidándose de nuestras miserias.

Supo Gambetta armonizar las encontradas tendencias de los que querían el progreso evolutivo y de los que pedían el Código del 93; de los que optaban por un régimen parlamentario y de los que á todo trance pedían el estado fuerte y la dictadura republicana; de los que deseaban ganar los ánimos por el vigor de la frase y de los que soñaban con el ideal de Robespierre y de los jacobinos.

¿Presidirá á nuestros actos el sentido político que informó los de Gambetta?

FRANCISCO MACEÍN.

A MI ESTIMADO COMPAÑERO D. JOAQUÍN DICENTA.

## JUAN JOSÉ.

SONETO.

Tú eres, de miles que en la sombra gimen,  
el prototipo de la baja esfera;  
eres el mártir que anhelante espera  
librarse de los brazos que le oprimen.

La angustia y el dolor á tu alma imprimen  
ese hastío que mata y desespera,  
y hasta Rosa te impulsa en tu carrera  
de la miseria al robo, luego al crimen.

Sólo por padres tienes la desdicha  
y el trabajo; mas nada te amedrenta,  
que es llorar y sufrir tu única dicha.

Gimes viendo gozar la aristocracia,  
y al nacer en la mente de Dicenta  
te sellan la honradez y la desgracia.

Sevilla.

MANUEL R. PÉREZ.

## UNIÓN Y POSITIVISMO (1)



El socialismo ha tomado en estos últimos tiempos un desarrollo considerable. Desarrollándose se ha dividido. De su tronco gigantesco han salido varias escuelas y partidos que se han desarrollado en sentido encontrado aislándose y llevando los principios y procedimientos á extremos que sólo serían verdad si se completaran mutuamente.

De ahí discordias y combates brillantes que han, al parecer, detenido durante algún tiempo la marcha del socialismo. Pero actualmente se produce un despertar de la opinión: los partidos y las escuelas socialistas, después de haberse diferenciado, tienen ahora la tendencia de aproximarse y tal vez amalgamarse.

La inteligencia será fácil si se quisiera despojar al socialismo de todo aquél exuberante follaje de fórmulas doctrinarias y teorías secundarias que oscurecen el ideal arrojando la duda y la confusión en los espíritus. Esto es el fin que vamos á intentar ahora.

\* \* \*

Desvanzcamos primero la confusión tan frecuente respecto á las palabras comunismo y colectivismo.

Marx se llamaba comunista; Bakunin, colectivista. Sus discípulos han trocado los papeles; la mayor parte de los marxistas se llaman colectivistas, mientras que los bakunistas prefieren el nombre de comunistas. ¿Qué diferencia hay, pues, entre los dos términos? ¿Hay realmente una diferencia?

Preséntanse el comunismo y el colectivismo frecuentemente como sistemas que corresponden á principios opuestos. Pero en este caso son ambos utópicos.

«A cada uno según su trabajo.» Esta fórmula colectivista no podrá nunca aplicarse en todo su rigor, porque los trabajos son diferentes, los unos nos repugnan y los otros nos agradan. Es imposible hacer todos los trabajos agradables como lo desean algunos socialistas y anarquistas; tampoco puede medirse por horas y minutos. Menos aún es posible apreciar el mérito exactamente en los trabajos del sabio, del inventor, etc., etc.; así, pues, aunque se organicen las condiciones generales de la producción según el interés colectivo, igualando las condiciones, la colectividad deberá dejar los detalles de la organización de la producción y de la distribución de las riquezas al arreglo libre de los individuos y de las asociaciones, sin excluir ni siquiera la posibilidad de una concurrencia, aunque limitada, que serviría para obtener una evaluación de la utilidad de las cosas y de la dificultad del trabajo, ó sea, en general, del elemento subjetivo, personal, moral, de los hechos económicos.

El principio del mérito — ó de reciprocidad — es el contenido esencial de la fórmula colectivista y exacta en cuanto á la expresión de esta fórmula. Pero no contradice la fórmula comunista «de cada uno según sus esfuerzos, á cada uno según sus necesidades», ó principio de solidaridad, que es su correctivo y complemento necesario.

\* \* \*

Siendo las relaciones sociales necesarias, tendrá su organización siempre un carácter obligatorio. ¿Cuál será esta organización? ¿Cuál será la de la propiedad colectiva de los medios del trabajo? ¿No habrá necesidad de reglas constantes y seguras que garanticen á todos los individuos el derecho á los medios del trabajo, garantizando la libertad y la independencia del individuo con respecto al director de la fábrica y á todo otro administrador, etc? ¿Quién emitirá estas reglas? ¿La nación entera? ¿Una Asamblea de representantes? ¿Individuos de capacidades especiales?

Confesamos que estos problemas, cuya importancia no se podrá negar, han sido algo abandonados de parte de ciertos grupos socialistas que bajo la influencia de la doctrina marxista, se han limitado al estudio de las relaciones económicas. No se extrañará, pues, de encontrar entre los socialistas los conceptos más disparatados respecto á las formas de organización de los intereses colectivos y sobre todo una gran incertidumbre.

(1) Damos importancia extraordinaria á este artículo por ser su autor el intérprete autorizado de la corriente federal-acrática, del movimiento social. Notable es la afirmación del celebrado publicista italiano que la lucha *parlamentaria* es recomendable para los libertarios y que la verdadera Democracia (gobierno de todos), es sinónima en su esencia con la autonomía individual porque todos son libres. Nosotros somos partidarios de las reformas del *ad-referendum* y mandato imperativo que garantizan al pueblo el constante y eficaz ejercicio de su soberanía. Así, pues, vemos realizado nuestro ideal y nos aproximamos á una síntesis de los esfuerzos de todas las corrientes de reformas sociales, á la cual seguirá en breve la unidad de acción.—(N. de la R.)

Ni gobierno centralizado, ni administración directa. La organización política de la sociedad socialista debe consistir en el reconocimiento de los derechos y libertades *intangibles* del individuo (derecho del uso de los instrumentos colectivos del trabajo, derecho de asociación, de instrucción, libertad del pensamiento, de la palabra, de la prensa, de la elección del trabajo, etc.), y en la organización de los intereses colectivos por delegación en administradores capaces, revocables y responsables, que obran bajo el sindicato directo del pueblo, sometándole sus actos más importantes (*referendum*) y quedando separados é independientes entre sí con el fin de que no haya coaliciones para ejercer una autoridad semejante á la autoridad gubernamental actual.

La esencia de la democracia es precisamente la ausencia de una coalición de esta clase y formas de administración (*referendum*), derecho de iniciativa, mandato imperativo, responsabilidad de los administradores, tribunales administrativos, etc.), que dejan lo menos posible á la arbitrariedad de los administradores.

En este sentido *no hay diferencia esencial entre democracia é ideal acrático*. El gobierno del pueblo por el pueblo—con exclusión de los oligarcas—quiere decir: no hay gobierno. El gobierno de todos en general (democracia), equivale al gobierno de nadie en particular (autonomía individual).

\*  
\*  
\*

Así llegamos á una nueva conciliación de las dos grandes secciones del socialismo contemporáneo: el socialismo democrático y el socialismo anárquico.

Los anarquistas se apoyan en la necesidad de organizar lo más libre, lo más espontáneamente, con la mayor descentralización posible, las relaciones sociales necesarias. Los socialistas demócratas desean que esta libertad no perjudique la unidad y armonía de la sociedad, que los intereses colectivos sean organizados de una manera permanente y que los principios de la justicia y el pacto fundamental, sean respetados

y observados. Socialismo y autonomía individual, solidaridad y libertad, son dos elementos de la sociedad futura y dos agentes de disolución en la actual.

Para terminar, algunas palabras sobre la cuestión de la táctica.

Respecto á esto, hay entre los socialistas toda una escala de opiniones, desde los que creen que podrá conquistarse el Estado y realizarse el socialismo muy sencillamente por la papeleta de votos, hasta aquellos que sueñan que se hará la Revolución suprimiendo uno tras otro á todos los burgueses y haciendo la expropiación de la misma manera individual con todos los propietarios.

Estas son dos opiniones insostenibles, absurdas. La lucha por el socialismo debe hacerse en toda la extensión de la organización política, económica, familiar, etc., de la sociedad actual. La insurrección es un medio; las elecciones son otro; la huelga, la cooperativa, son otros medios. Cada uno de ellos por sí solo es importante para la disolución de la sociedad actual y para triunfo del socialismo. Todos hieren, nadie mata. Sucede hasta que por sí sólo pueden corromperse y degenerarse, como, por ejemplo, la cooperación, el parlamentarismo, etc.

Todos los afectos á los partidos socialistas militantes, provienen de la mala tendencia propia de todos los hombres de cambiar poco á poco en fin y objetivo lo que primero es y que siempre debiera quedar nada más que como medio.

Para terminar; nos parece que se efectúa en el momento actual una aproximación entre las diferentes escuelas y partidos, hasta entre las diferentes clases sociales que deben concurrir á la realización del socialismo.

El problema se acerca á su solución. El socialismo utópico ha desaparecido desde hace mucho tiempo; el socialismo doctrinario, llamado científico, está en decadencia. *El socialismo actual quiere ser práctico, positivo—de manera alguna sectario—humano.*

SEVERIO MERLINO.

## ¡DEJADME... QUE SUEÑO!...

Extasiado me quedo mirando  
sus ojos de fuego,  
mientras ella rechina en la barca  
su busto soberbio.

La noche se acerca.  
La luna ya brilla con débil reflejo,  
mis ojos se entornan. Las ondas dormidas  
retratan su imagen cual lago sereno!...  
La mar está en calma.  
No remes barquero  
y escucha un instante, que nadie me llame,  
que no me despierten. ¡Dejadme... si sueño!...

Que soñando, creo ver en sus ojos  
miradas amantes, que esparcen destellos,  
de ese amor, cuya fiebre enloquece  
mi ardiente cerebro.  
¡Si su amor puesto en otro yo viera!...  
¡Qué dulce tormento!...  
¡Que nunca sospeche ni sepa la ingrata  
la herida tan honda que oculta mi pecho!

El amor material que la tienen  
me inspira desprecio;  
como á Dios, con delirios sublimes  
así es el cariño que yo la profeso.  
¡Si supiera lo mucho que gozo,  
y cuánto padezco,  
al pensar en que acaso me quiera!...  
¡Profundo misterio  
como el plácido mar! ¿Quién ha visto  
lo que hay en su seno?...

Al pensar que no puedo adorarla,  
ni mis labios quemarse en sus besos,  
ni gozar las promesas que brindan  
sus ojos de fuego;

Al mirar los inmensos abismos  
del mar y del cielo,  
y juzgar que oyo igual nos separa  
las almas y cuerpos;

Cuando pienso no puede ser mía  
sino otro su dueño...  
reclino mi ardiente cabeza en la barca,  
mi alma apenada solloza en silencio,  
mi pecho se oprime,  
mi llanto contengo,  
y fija la vista y absorto, contemplo  
su imagen querida flotar en la estela,  
brillante y fosfórea, que dejan los remos!...

¿Qué quieren? ¿Me llaman? ¡Que no me despierten!  
¡¡Dejadme... que sueño!!

KOMJP.

## PEPE RIQUELME.

**A** sí es como le llaman sus numerosos amigos.

Y estos son tantos cuantos sean sus conocidos; porque Riquelme es de esos hombres que sólo con verle una vez y estrechar su mano, cautiva en tal forma que es preciso quererle de veras y ser su amigo.

Riquelme es uno de los actores más notables del género chico que tenemos.

Ha recorrido casi todos los teatros de España, dejando en ellos un recuerdo difícilmente borrrable, y sus campañas en Bilbao y en el Teatro de Apolo de Madrid son verdaderamente notables.

Y no decimos más porque Pepe Riquelme es tan conocido que huelga cuanto de él podamos decir.

R. D.



## EL DEPENDIENTE DE COMERCIO EN ESPAÑA.

**E**STA modesta, cuanto honrada, sufrida y explotada clase á que pertenecemos, es una de las más necesitadas de las Reformas Sociales, que están obligados á introducir en las leyes los gobiernos de la República.

Y es de las primeras reformas que deben implantarse porque urge muchísimo libertar del yugo explotador á tantos jóvenes que en la flor de su vida quedan entecos y anémicos, gracias á las buenas condiciones de comodidad y salubridad á que los someten sus buenos patronos.

Entremos en detalles.

Los primeros dos años de aprendizaje, el dependiente de comercio (para probarle sus buenas cualidades) tiene que hacer, además de las cosas concernientes á la tienda, estas otras: ir á la compra, hacer todos los encargos particulares que ocurran á los amos, guisar, limpiar la habitación particular, y otras cien menudencias por el estilo: en una palabra, servir también de criado.

Y todo esto sólo por la comida y alguna que otra prenda rechazada por el trapero.

Cuando le dan algún sueldo (á los tres años), ya tenemos un mozo de 17 años ganando 10 ó 15 pesetas al mes á lo sumo.

¡¡Pueden figurarse nuestros lectores los cálculos financieros á que se ve obligado para tener nivelado el presupuesto y no saldarlo con déficit!!

Para comprender bien esto, es preciso tener en cuenta que si está en una tienda de alguna importancia, el dueño le exige estar decente y vestir bien para que la clientela no se asuste.

Con estas condiciones ó parecidas llega á los 19 años. Le sortean para servir á la patria y... va.

Si por circunstancias extraordinarias no presta servicio militar, sigue en la casa ó busca otra, ó le echan por haber faltado ocho días de la tienda cuando fué

á tallarse ó á ver á sus padres (de esto ya hablaremos después).

Quedamos en que á los 19 ó 20 años el dependiente de comercio procura con todas sus fuerzas físicas y morales ascender, llegar á la meta de sus deberes y cumplirlos fiel y lealmente, pues cumpliendo así espera encontrar en su amo la recompensa de sus buenos servicios.

Con esta idea y con un sueldo mezquino, se le pasan otros cinco, ocho, diez años; llega á los 30 y nuestro héroe sigue esperando.

Si en este tiempo transcurrido se le ocurre pedir más sueldo del asignado, la respuesta es negativa.

El que esto escribe lleva veinte años de dependiente, en Madrid, en uno de los principales gremios, y ha tenido tres amos; al primero le sirvió cinco años, al segundo trece y el resto al que sirve en la actualidad. Ha contribuído y contribuye á enriquecerlos. Y nada, lo comido por lo servido.

Entrando en otro orden de consideraciones diré que el dependiente de comercio está explotado de tal manera, que no puede disponer de sí mismo ni aun para los asuntos particulares que más le incumben.

Siendo yo niño, pedí permiso para ir á aprender idiomas y alguna otra cosa más, á uno de los muchos centros de enseñanza que hay en Madrid, lo cual me fué negado, porque el amo me dijo que sus dependientes no podían salir de noche á ninguna parte, y de esta manera evitaba el adquirir malos vicios.

Siendo hombre hice idéntica petición á otro amo, y recibí la misma contestación.

¡Pedir permisos para ver á los padres ú otro cualquier asunto particular tan importante como éste! Eso no hay que pensarlo; si lo conceden alguna vez, lo cobran con creces, y si se repite la petición, ya no se concede.

¿Y qué diré de las enfermedades y de las visitas de parientes ó amigos?

La fortuna nos libre de enfermedades, porque si no, desgraciados de nosotros. El dependiente de comercio pasa la mayor parte de las enfermedades trabajando, porque á los amos (hablo de los amos en general, pues ya sabemos que hay excepciones en todo) no les gusta que sus dependientes tengan que guardar cama, no por sentimientos caritativos y humanitarios (esto sería un colmo de nobleza para ellos), sino que les es gravoso en extremo tener que darle unas tazas de caldo y el enorme sueldo de su asignación.

Para estos casos siempre se acuerdan que hay grandes hospitales, y allá va á parar con sus huesos el que le ha defendido sus intereses durante cinco, diez, veinte años.

Si tiene la suerte de mejorar de salud, va nuestro hombre á ponerse á las órdenes de su amo, y éste le recibe la mayor parte de las veces para decirle que en vista de haberse prolongado la enfermedad (aunque sea de ocho días), y como se encuentra muy débil, ha decidido reemplazarle con otro que está muy sano y fuerte, y que andando el tiempo adquirirá la misma ú otra enfermedad más grave, debido á las buenas cualidades de asistencia y habitación que tiene el dependiente de comercio.

¿Les parece á ustedes exagerado cuanto digo? Más de ocho mil compañeros hay en Madrid que me dirían que por qué atenúo las cosas y no digo toda la verdad, en crudo.

Como la inmensa mayoría de los dependientes somos provincianos, es cosa muy natural que cuando viene algún amigo, conocido ó pariente á Madrid, una de las primeras cosas de que se ocupe sea en ir á visitarle; pues bien, si está en la tienda el amo, como siempre sucede, no puede disimular el mal efecto que le produce aquella visita, porque entretiene á su dependiente, y en aquel instante no puede sacarle ningún jugo.

He tenido ocasión de ver despedir á un compañero mío, por la grave falta de recibir la visita de un su pariente que venía á traerle noticias de sus padres.

Si me propusiera narrar todas las humillaciones bochornosas de que es objeto el dependiente de comercio, necesitaría mucho más tiempo del que dispongo, y para el objeto ya basta con lo expuesto.

Sólo me resta decir que el obrero de la mina, el de la fábrica, el del taller, el agricultor, el albañil, etc., etc., trabajan como término medio de diez á once horas; el dependiente de comercio trabaja como término medio cerca de diez y seis horas diarias, pues sabido es de todos que los establecimientos se abren antes de las siete de la mañana y se cierran después de las diez de la noche.

Varias veces hemos intentado los dependientes de comercio hacer algo práctico para mejorar nuestra poco simpática situación; mas siempre han resultado inútiles nuestros esfuerzos. ¿A qué se debe este mal resultado? A nosotros mismos.

Es tal la apatía que reina en todos nosotros, que por nuestra pasividad parece que nos hallamos en el mejor de los mundos; nos falta energía, nos falta sangre y no nos sobra inteligencia para hacer comprender á nuestros amos nuestros derechos para el trabajo y nuestros derechos para la vida.

He dicho que no nos sobra inteligencia y es verdad, hay que confesarlo; pero éste es otro cargo que debemos abonar en cuenta á nuestros principales, pues todos sabemos que si queremos leer un periódico tiene que ser á hurtadillas y por la noche, después de cerrar el establecimiento, y para eso tenemos que poner la luz por nuestra cuenta, pues de lo contrario, nos dicen que perjudicamos sus intereses.

¿Dónde está nuestra dignidad, que toleramos sin protesta que un domingo por la tarde (cinco horas á lo sumo) podamos disponer de nuestra personalidad?

¿Qué elementos de salubridad y de inteligencia se pueden adquirir en esas cinco horas?

¿No es esto bochornoso hasta para nuestros mismos amos?

¿No es más bochornoso aún consentir que la gente clerical nos arrebatara la bandera del descanso dominical?

Después de todo, ya hemos visto los resultados obtenidos en el Senado con los discursos del obispo de tal y del arzobispo de cual?

¿Qué podemos esperar de un obispo? Pues lo menos que se puede esperar es... un cardenal y moralmente ya tenemos bastantes. Y si no acordaros de aquel 0,50 de jesuita que en Málaga escribió 0,50 de libreto ridiculizando á la honrada clase de dependientes de comercio; gracias á que allí unos cuantos bravos compañeros nuestros se encargaron de salvar el honor de la clase, y el tal frailuco tuvo á bien meterse en el convento para hacer penitencia.

Con lo apuntado creo bastará para ver la manera de regular algo la marcha y el bienestar del dependiente de comercio en España.

Y en apoyo de todo lo dicho, allá va un presupuesto del haber y del debe de un dependiente de comercio con familia, que en Madrid son los más de ellos.

TOTAL.		Pesetas.
	Enfermedades.	0000
	Distracciones.	0000
GASTOS MENORES.	Tabaco, barba, periódicos, limosnas, etc., cédulas, etc.	0,40
	Vestir.	0,75
	Habitación.	0,90
VARIOS.	Carbón, leche, aceite, jabón, etc.	0,85
	Vino.	0,40
	Legumbres.	1,55
	Carne.	0,85
	Pan.	0,65
		6,35

Sueldo máximo, cinco pesetas.

Los gastos que arriba van anotados, son de un día que me dió la chifladura por comer carne con el cocido y beber un poco de vino á las comidas.

Las casillas en blanco llenas de ceros dicen todo lo amargo que es para nosotros la esclavitud á que nos hallamos sometidos los dependientes de comercio.

ELEUTERIO SAORNIL LORENZO.

## COSAS.

Dice *El Franco* de Tarragona, uno de los pocos periódicos federales que han quedado fieles á Pi y Margall: «El federalismo comprende el colectivismo y la supresión del salario (por la participación en los beneficios.)»

Lo cual trasladamos al *Nuevo Régimen* cuyo inspirador exclamará:

*Tu quoque Brutus.*

Conformes en lo esencial con el colega á quien

llamaremos desde luego correligionario *federal-socialista*, fácilmente nos entenderemos respecto á la abolición de todos los «dignatarios vitalicios» que aún conservan los partidos avanzados y que abre las puertas al caciquismo, á la intriga y á las vanidades y ambiciones ilícitas.

Defendemos el *Ministerio del Trabajo* porque debe reunir las direcciones de «Obras Públicas», «Propiedades Nacionales» y «Beneficencia y Estadística Social» hoy dispersos en tres diferentes Ministerios, con el fin de concentrarlas en un centro al frente del cual estaría un hombre competente en cuestiones económico-sociales que tendría en sus manos los medios para hacer obra práctica y grande y poder defender desde el Gobierno los intereses de las clases trabajadoras.

Con la firma de un obrero publica nuestro querido colega *La Lucha de Clases*, de Bilbao, el siguiente sueldo:

«Cuanto se diga del Hospital minero de Gallarta, es poco para lo que merece. Sólo que los encargados de cortar abusos parece que viven en la calle del Sordo.

Para que se vea qué trato se da á los enfermos, diré que cuando llega un enfermo á la sala de consultas, le pregunta el médico qué es lo que le duele y contestando el otro que la cabeza, el pecho ó lo que le duela, va el médico y, sin tomarle el pulso siquiera, le receta lo primero que le viene en gana.

Muchos años hace que vengo trabajando en las minas, sin que, afortunadamente, haya tenido que ir al Hospital hasta ahora, que llevo dos meses con una herida en un hombro, que me impide trabajar y, por consiguiente, ganar mi sustento.

He ido al Hospital porque carezco de todo recurso y porque la herida va empeorando en vez de mejorar. ¿Y qué me ha hecho el médico? Pues echarme á la calle diciéndome que si la herida la tuviera en una pierna podría estar en el Hospital; pero que siendo en el hombro, ya puedo andar y que si no tengo qué comer que lo busque.

Pero, señores, ¿no pagamos con el 2 por 100, que se nos descuenta de nuestros salarios, lo bastante para que se nos asista en el Hospital cuando caemos enfermos ó heridos? ¿Qué burla es ésta? Urge que los obreros tomemos medidas radicales sobre todos estos abusos.

Las monjas no son todo lo amables que debieran con los enfermos. Sólo ponen empeño en que los enfermos recen, como si con rezos fueran á curarse. Luego si les ensucia usted las ropas, lo ponen á desvergüenzas perdido.

Es preciso que estas señoras se porten mejor.»

Y luego se pide á nuestros correligionarios los socialistas bilbainos mucho orden, mucha sensatez y mucha cordura.

Esto degenera ya en sangrienta mofa.

Se les explota en todo: en el trabajo, haciéndoles dar al patrono todo el esfuerzo posible y con una exigua remuneración; en el alimento, porque se les obliga asimismo á tomar géneros averiados que el burgués expende; en el sueño, porque se ven precisados á dormir en camas como piedras de duras y en medio de la atmósfera deletérea é insalubre de los barracones; en el Hospital cuando caen enfermos, toda vez que, como se ve, á pesar del 2 por 100 que se les descuenta de los salarios para este efecto, el servicio allí es pésimo y antihigiénico y hasta se les impide por medios arteros que envíen representantes suyos al municipio bilbaino, que velen por sus intereses y por su higiene.

¡Bien por el Sr. Chavarri y demás mineros correligionarios suyos en explotación!

Ellos, con semejantes iniquidades adelantarán la hora de la redención social.

A las nueve de la mañana del día 7 del actual fué agarrotado en Linares el reo Miguel Castro, que sufrió un martirio horrible.

El verdugo invirtió en la ejecución un cuarto de hora, tiempo que necesitó para arreglar el aparato, desbastar el palo con un machete y por lo tanto martirizar al reo de una manera que se erizan los pelos en punta, no presenciándolo, sino escuchando solo, tan horripilante relato.

Escenas como estas son indignas de pueblos cultos, como el nuestro blasona de ser.

Y todo esto es consecuencia de ese crimen jurídico que se llama pena de muerte, de cuya abolición nosotros, en nombre de la civilización y de la cultura, somos decididos partidarios.

La vida sólo á la Naturaleza corresponde, y ya que el crimen individual exista, porque, como ha dicho un antropólogo ilustre, en el fondo de todo crimen palpita un fenómeno económico, la sociedad no debe autorizar semejantes asesinatos por el verdugo, que no resuelven el fin de todo sistema penal, que se base en fundamentos racionales: la corrección y no el castigo.

En Salamanca ha constituido nuestro querido amigo y compañero Crescencio S. Esculta, un grupo de demócratas afectos á las doctrinas que propaga GERMINAL, y que hasta ahora cuenta con 50 dignísimos salmantinos.

Esto es verdaderamente notable si se tiene en cuenta que Salamanca tiene fama de jesuítica y clerical. Poco á poco se van redimiendo los pueblos del yugo ominoso de la reacción y del fanatismo.

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA.

*Linares.*—D. J. M. y C.—Queda suscripto por un año desde el 1.º de Agosto.

*Barcelona.*—D. R. R.—Queda hecha la anotación correspondiente para los paquetes sucesivos.

*Ribadavia.*—D. J. M. R.—Será usted atendido y procuraré no le falte el número.

*Cuevas.*—D. P. P.—Remito por este mismo correo los ejemplares que en su última pide.

*Murcia.*—D. R. G. de la F.—Remito el número que reclama.

*Alicante.*—D. R. J.—Recibida liquidación y es conforme cuanto en su carta indica. Contesto correo sobre los particulares que desea.

*Boó.*—D. M. G.—Remito el número que reclama en su carta.

*Valdepeñas.*—D. T. L.—Remito por tercera vez los ejemplares que reclama, los que le cargo en su cuenta por una sola vez.

*Zamora.*—D. E. B.—Queda figurando como suscriptor desde el 1.º de Agosto y remití dos ejemplares que pedía en la suya fecha 5 del corriente.

*Puente Genil.*—D. M. R.—Remito otra vez el número que me reclama.

*Coruña.*—D. J. R. M.—Figura en esta Administración como suscriptor desde Julio. Contesto correo las condiciones para optar á lo que desea.

*Alicante.*—D. N. B.—Queda suscripto por seis meses como desea desde el 1.º de Agosto.

*Gijón.*—D. F. G. de G.—Queda suscripto por tres meses desde el 1.º de Agosto Recibidas 2,50 pesetas importe del trimestre.

*Estepa.*—D. A. R.—Se le nombra Corresponsal de esta REVISTA como solicita en la suya y se le remiten 10 ejemplares semanales hasta nuevo aviso.

*Tarragona.*—D. M. B.—Recibida carta-orden y cumplimentaré cuanto desea.

*Zaragoza.*—D. A. M.—Recibido el importe del primer trimestre y remito los números que reclama.

*Valladolid.*—C. R.—Los números á que se refiere en la suya se le remitieron el 16 de Julio último. Contesto correo detalles sobre lo que me pregunta.

*Colmenar Viejo.*—D. A. I.—Recibí 2,50 ptas. pago de tres meses de suscripción que empieza el 1.º de Agosto; no recibí devolución de los números que indica.

*Zaragoza.*—D. M. B.—Remití el paquete á su debido tiempo que supongo recibiría. Contesté correo y espero cumpla mi encargo.

*Salamanca.*—D. J. de la H.—Remito, como es su deseo, los ejemplares que pide, no teniendo que hacer abono alguno por este concepto á la Administración; el número que le falta está agotado.

*Guadix.*—D. F. G. C.—Remitidos los ejemplares que en la suya pide, y esta Administración le advierte que el núm. 1 está agotado.

*Andujar.*—D. A. B.—Remito por duplicado y á un solo efecto el paquete correspondiente al núm. 14 y queda hecho el aumento de 5 ejemplares en el paquete semanal.

*Olivenza.*—D. M. M.—Desde el núm. 15 remitiré 5 ejemplares semanales y los atrasados que pide haré por complacerle, pues algunos de ellos se agotaron; remitiré la cuenta como desea espero devolución de los que indica en la suya.

*Granada.*—D. S. V. de C.—Remito el número que reclama en la suya fecha 9 del corriente.

*Sevilla.*—D. R. G.—Remitido todo cuanto indica en la suya, no he recibido el certificado que anuncia y espero devuelva á esta Administración los ejemplares sobrantes.

*Perelló.*—D. A. H.—Ya se le contestó por esta Administración su carta y á la mayor brevedad le serán remitidos los folletos que pedía.

EL ADMINISTRADOR.

MADRID.—IMPRESA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

# GERMINAL

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA  
SE PUBLICA LOS VIERNES

Redacción y Administración: VILLANUEVA, 20

JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA

### REDACTORES

ALONSO Y ORERA, ERNESTO BARK (A. DE SANTA CLARA),  
JACINTO BENAVENTE,  
RAFAEL DELORME (JUAN DE LA ENCINA),  
RICARDO FUENTE, JOSÉ JURADO DE LA PARRA,  
FRANCISCO MACEÍN, ANTONIO PALOMERO (GIL PARRADO),  
MANUEL PASO, NICOLÁS SALMERÓN Y GARCÍA,  
EDUARDO ZAMACOIS.

DIRECTOR ARTÍSTICO: FÉLIX JAIME.

### COLABORADORES

ALFREDO CALDERÓN, GONZÁLEZ SERRANO,  
JACINTO O. PICÓN, LAPUYA, RAMIRO DE MAEZTU,  
MARIANO DE CAVIA, EUSEBIO BLASCO,  
JULIO BURELL, ANTONIO MONTILLA, CATARINEU,  
MIRALLES, SALAS ANTÓN, ANTONIO ZÓZAYA,  
VERDES MONTENEGRO,  
FERNÁNDEZ VAAMONDE, ODÓN DE BUEN, SEGURA, ETC.

### REDACTORES-CORRESPONSALES

Montejo de Arévalo, EUSEBIO GÓMEZ.—Minas de Río-Tinto, RICARDO RODRÍGUEZ SOUSA.—Villaviciosa, ROGELIO G. DE REDUELES.—Mazarrón, GINÉS GARCÍA NAVARRO.—Guadix, JOSÉ MARÍA ORTIZ.—Salamanca, CRESCENCIO S. ESCULTA.—Cartagena, JOSÉ G. VASO.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid....	Trimestre.....	2	pesetas.
	Año.....	7	—
Provincias..	Trimestre.....	2,50	—
	Año.....	9	—
Extranjero y Ultramar: Año.....		15	—
Número suelto.....		0,15	—
Idem atrasado.....		0,50	—

A los corresponsales y vendedores: mano de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

Anuncios á precios convencionales.

Pagos adelantados.

Toda la correspondencia al Administrador.

## ENCARNACIÓN RODRÍGUEZ

MODISTA DE SOMBREROS

Recibe quincenalmente las últimas novedades de París y de Londres.

CARMEN, 21

## PREPARATORIA MILITAR

DIRECTOR

DON EMILIO PRIETO VILLARREAL

Calle de Fuencarral, 6, pral.

Honorarios: 25 pesetas al mes.

## EL GRABADOR UNIVERSAL.

GRAN TALLER DE GRABADO

PARA

litografía, talla dulce y tipografía.

FOTOGRAFADO, FOTOTIPIA

Y SUS SIMILARES,

con maquinaria para la estampación de estos procedimientos.

DIRIGIDO POR

FÉLIX JAIME

VILLANUEVA, 20.—MADRID.

## «DE UN PERIODISTA»

POR

RICARDO FUENTE

CON UN PRÓLOGO DE

JOAQUÍN DICENTA

Un tomo de 224 páginas, 2 pesetas.

De venta en esta Administración.

## INSTITUTO POLÍGLOTA

Francés, inglés, alemán, ruso,  
italiano, portugués, polaco, árabe, latín,  
griego.

Lecciones desde 15 pesetas al mes; conversación de francés (Cercle Polyglotte), 5 pesetas al mes; traducciones comerciales, literarias, de documentos, etc., en el acto, 1 peseta las cien palabras.

Director: D. ERNESTO BARK

De diez á doce en la Puerta del Sol, números 11 y 12.  
Papelería Pelegrini.

## D. BRITO SANCHEZ

CIRUJANO-DENTISTA

Pone á su disposición el Gabinete de Clínica dental, montado con todos los adelantos de la ciencia.

Consultas y extracciones los jueves y domingos, de ocho á una, UNA PESETA.

SAN BERNARDO, 20

Acaba de publicarse:

## LA REPÚBLICA SOCIAL

CARTILLA POLÍTICA DEL PUEBLO

FOLLETO DE ACTUALIDAD

á 25 céntimos.

- I. Deberes y derechos del ciudadano.
- II. El Programa de la República.
- III. Los Presupuestos nacionales.
- IV. La Revolución Social.

Los centros populares pueden adquirir 200 y más ejemplares á 10 céntimos

en la Administración de GERMINAL.

Ernesto Bark; biografía, por Francisco Maceín.  
Las Escuelas Socialistas; por Rafael Delorme.  
La Hacienda de la República Social; por Ernesto Bark.

El Ministerio del Trabajo; por I. L. Lapuya.

## OBRAS

DE

EDUARDO ZAMACOIS.

El misticismo y las perturbaciones del sistema nervioso.—(Un tomo).....	1
Humoradas en prosa.—(Un tomo).....	2
Consuelo (novela).—(Un tomo de 415 páginas).....	3

Se venden con el 40 por 100 de descuento en esta Administración.